

COMISARÍA REGIA DEL TURISMO
Y CULTURA ARTÍSTICA

LA PEDRIZA
DEL REAL
DE MANZANARES

POR

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS

MIEMBRO FUNDADOR DE LA AGRUPACIÓN «PEÑALARA»

Y

SOCIO HONORARIO DEL CLUB ALPINO ESPAÑOL

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA

MADRID
1923



Reg. 6663

A

JUAN ALMELA MELIÁ

MI CORDIAL CAMARADA DE LA PEDRIZA

PRÓLOGO

El presente estudio se publicó por vez primera en el *Anuario del Club alpino español para 1921*.

Corregido, y ligeramente aumentado, aparece por segunda vez merced a la iniciativa de la Comisaría regia de Turismo y de Cultura artística. El autor expresa aquí su profundo reconocimiento al Excmo. Sr. Marqués de la Vega Inclán que, una vez más, concede a los motivos naturales de la grande y profunda España, y singularmente a la excelsitud de la montaña, el interés, tan afectuoso como inteligente, que dispensa a sus lugares inmortales de arte y de historia.

También quiere el autor manifestar su gratitud a cuantos han juzgado su ensayo con la benevolencia que exige el género de literatura a que corresponde, todavía incipiente entre nos-

otros, y singularmente a dos de estas personas, por motivos distintos.

Una, el naturalista D. Juan Carandell, que le dispensó otras veces su eficaz colaboración, por haberle revelado ahora la presencia de la Pedriza, retratada con toda la fidelidad de un documento geográfico, al fondo del gran retrato ecuestre de Felipe III pintado por Velázquez y señalado con el número 1.178 de nuestro Museo del Prado. El hallazgo de Carandell, señalando en la obra del inmortal maestro creador de la escuela cortesana esta lejana representación que, con la de La Maliciosa, en otro de sus grandes retratos— el Príncipe Baltasar Carlos a caballo—, completa la interpretación, a través de su prodigioso órgano visual, del Guadarrama más egregio madrileño; este hallazgo dió motivo, por cierto, a una interesante página explicativa del malogrado Aureliano Beruete, última tal vez que escribiera y que honra, entre otras varias, el número centésimo de la revista *Peñalara*.

La otra persona a quien el autor quiere expresar también aquí su reconocimiento, es el maestro en toda crítica de artes D. Francisco Alcántara.

Para acentuar precisamente la «cándida austeridad» que atribuye al trabajo que sigue y de que se jacta el autor desde que el venerable y querido maestro se la descubre y muestra, así

como cuanto en la obra «recuerda a nuestros escritores primitivos» (1); para apropiarla a las condiciones de «devoción» y de «apartamiento» que considera Alcántara más propicias a su lectura, se da a la edición de hoy un tamaño enteramente manual, de bolsillo, «tascabile», como se diría en italiano, y se le suprimen todas las ilustraciones—salvo un pequeño croquis de orientación—, puesto que se destina a que sus copias sean llevadas al lugar mismo que constituye su asunto y leídas a la vista de los heroicos paisajes pedriceños, en pleno aire libre y bajo la ruda intemperie de su ambiente, tan violento en la caricia como en el zarpazo, o en el interior del querido «Albergue Giner», que muestra desde su amplia ventana todo el panorama del impresionante Circo de la Pedriza posterior, invitando a la osadía de las escaladas.

(1) Véase *El Sol*, de Madrid, de 28 de Abril de 1922.

I

LOCALIZACIÓN

Y los helechos y los pinos
miran melancólicamente la cumbre de la sierra calva,
que en las lejanías brumosas tiende su franja violeta,
ofrendando al sol mañanero el blanco cendal de su lomo.

RAMÓN PRIETO: *El Parque despierta.*

LA Pedriza de Manzanares es una sierra apoyada en la vertiente meridional de la rama oriental, madrileña, proyectada por el eje de la gran cordillera Carpetana (1), entre La Najarra y las Cabezas de Hierro, a 40 kilómetros al NNO. de Madrid.

Esta sierra está perfectamente limitada, en su contacto con el macizo principal del Guadarrama, en que se apoya, por la distinta naturaleza de las rocas de que están hechos una y otro.

(1) Cfr. nuestro estudio *Guadarrama*, § IV, págs. 12 y 13. Nosotros, en efecto, distinguimos en el Guadarrama:

1) El eje de la Cordillera, desde el Pico de Grado, en la unión de las provincias de Soria, Segovia y Guadalajara, has-

La Pedriza, toda ella, es un enorme batolito de rocas profundas, principalmente granito; la parte del Guadarrama en que se inserta, un macizo de gneis glandular, roca de origen sedimentario, transformada por el metamorfismo geológico. Donde acaban estas rocas cristalofílicas y se presentan las cristalinas, comienza la Pedriza, por el extremo Norte, en que se tocan las dos sierras.

Al Saliente y al Mediodía, el relieve del terreno y, consiguientemente, los límites, tienden a adaptarse a la naturaleza geológica. En efecto: por la dirección del Saliente, el límite de la Pedriza puede fijarse en el Arroyo Mediano, afluente izquierdo de Manzanares, que tiene su

ta el Cerro de Cabeza Bermeja, en la de Toledo; eje que culmina en la Peñalara, y que sirve de divisoria entre Duero y Tajo hasta el Cabezo del Guijar.

2) Dos ramas laterales:

a) Una oriental, madrileña (la rama de Cabezas de Hierro).

b) Otra, occidental, segoviana (la de la Mujer Muerta).

3) Diversos apéndices meridionales (Ocejón, Cerro de San Pedro, Pedriza de Manzanares, Maliciosa, Cuerda de Peña Horcón y Peña Pintada, Risco de los Abantos, Machotas), y laterales (Sierra del Atazar, Sierra de la Cabrera); y

4) Algunas alineaciones independientes posteriores a él y paralelas (Cabezo Illescas, Sierra del Hoyo de Manzanares, Serrajón de Villalba).

La Sierra de Malagón, que se anuda con el Guadarrama en las proximidades del Puerto de este mismo nombre o del León, forma ya una cadena distinta, que transporta después la divisoria entre Duero y Tajo a la Sierra de Gredos, en su mitad última y más elevada.

Finalmente, la Sierra de Gredos corta a la de Guadarrama en su última porción, aunque sin confundirse, como se verá más adelante, con ocasión de otra nota.

origen en el Ventisquero del Ratón, aunque su cauce no señale exactamente, con todas sus sinuosidades, la línea de contacto entre el gneis y el granito; antes bien, este último se prolonga más allá de aquella línea, sobre todo por la mitad de su curso. Al Mediodía, la frontera sería el propio Manzanares, que inicia su curso medio, saliendo de las puertas de la garganta de su nombre, sobre una depresión en gneis, formada entre los dos levantamientos graníticos de la Pedriza y el Cabezo Illescas.

Unicamente hacia el Poniente, el límite de la Pedriza se hace exclusivamente geográfico, trazado por el Arroyo Cuervo y el río Manzanares, de que aquél es afluente, también izquierdo, y sobre el granito, que sigue sin solución de continuidad por La Maliciosa y sus derivaciones, por la larga divisoria innominada entre Manzanares y Guadarrama, por el Cerro de los Abantos y las Machotas, a lo largo de la vertiente meridional de la Cordillera, hasta confundirse con las sierras de Avila. Los dos grandes macizos graníticos de La Maliciosa y de la Pedriza, los mayores de todo el Guadarrama, han debido estar unidos en otro tiempo por el Cerro de la Camorza, hasta que la labor mecánica del agua rompió el obstáculo, recorriendo, ya en forma de río, la serie de depósitos escalonados, como lagos, en el valle alto de Manzanares. A la entrada de la Garganta, Puertas de Hierro de este breve Da-

nubio, donde el río, a poco de recibir la afluencia del Arroyo de la Majadilla, toma la dirección Sur, está aún perfectamente visible la brecha en la soldadura antigua de la Pedriza anterior con el Cerro de la Camorza, que prolonga todavía, después del Puerto de Quebrantaherraduras, la larga cuerda oriental de La Maliciosa. Como una comprobación experimental del antiguo estado de cosas, es aquí donde la Empresa Santillana se propone elevar el muro de un nuevo embalse interior de las aguas de Manzanares.

El perímetro de la Pedriza, limitado de este modo, se podría inscribir en la figura de un romboide, cuya superficie puede calcularse, aproximadamente, en unos 40 kilómetros cuadrados.

Visible perfectamente en el horizonte de Madrid, un pintor de profesión, la describe en este pasaje interesante:

«Desde Rosales, desde las Vistillas, desde las alturas de San Isidro y desde otros lugares eminentes de Madrid se ve, a la derecha del macizo del Guadarrama, una región de tonos rosáceos que contrastan con los azulinos del resto de la cordillera. Esta es la Pedriza de Manzanares.

En estío, cuando el sol va declinando, a eso de las cinco y media de la tarde, las agujas de la Pedriza semejan, desde Madrid, llamas de una hoguera inmensa, en cuya parte central y

eminente, una forma rotunda, donde el sol rebrilla como en un espejo, contrasta con el agitado flamear de las cresterías circundantes. Esa forma rotunda es la Peña del Yelmo o del Diezmo, como dice también la gente del país. En los días claros de invierno, hasta en aquéllos en que más desfiguran las tracerías de la montaña las masas de nieve, la inmensa cúpula del Yelmo destácase por su esférica rotundidad, siendo esta peña y el pico de La Maliciosa los dos más terminantes rasgos del Guadarrama con que el madrileño contemplador del paisaje augusto de la Sierra se familiariza antes» (1).

(1) FRANCISCO ALCÁNTARA, en *El Sol*, de Madrid, el 28 de Abril de 1922.

II

DESCRIPCION

Loco e in Inferno detto Malebolge,
tutto di pietra e di color ferrigno...

DANTE: *Inferno*, canto XVIII.

LA Pedriza está formada por un gran hemi-
ciclo apoyado sobre la Cuerda Larga, he-
miciclo que se prolonga hacia el Sur en un ma-
cizo separado por la profunda depresión del Co-
llado de la Dehesilla.

Esta depresión determina la división de la Pe-
driza en «*anterior*» y «*posterior*», desde el punto
de vista de Madrid, que hice, por primera vez,
en la *Guía alpina del Guadarrama* (1), y que
ha quedado ya admitida por el uso.

Pero como a la Pedriza anterior precede otro
pequeño macizo—el Alcornocal—bastante des-
tacado de ésta, sobre todo por el Oeste, podemos

(1) Páginas 52 y siguientes.

descomponer todo el poderoso conjunto geográfico en los elementos siguientes:

1. El Alcornocal.
2. La Pedriza anterior.
3. La Peña del Diezmo o Yelmo, que corona esta parte.
4. La Silla, o Collado de la Dehesilla.
5. La Pedriza posterior.
6. La dorsal de unión con la Cuerda Larga.

Esta sucesión, de Mediodía a Norte, constituye también, como vamos a ver—salvo, naturalmente, la depresión del Collado de la Dehesilla—una progresión ascendente de elevaciones.

1)

EL ALCORNOCAL

El Alcornocal es un pequeño macizo colocado ante la Pedriza anterior y destacado de ésta por el Collado de la Cueva.

Desde la ermita de la Sacra, colocada sobre una eminencia granítica, a la salida de la Garganta de Manzanares, en la orilla derecha de éste, se le ve aislado de la Pedriza anterior, como un cono bastante regular, ensanchado.

El Alcornocal se eleva a 1.110 metros de altitud, o sea a 203 metros sobre el pueblo de Manzanares el Real, emplazado a 907 sobre el mar.

Su nombre hace suponer que, en otro tiempo,

estuvo cubierto de alcornoques. Hoy está desnudo de vegetación arbórea. La especie que antaño le dió nombre es tan rara, que apenas quedan solitarios y mezquinos representantes entre los riscos de la Pedriza anterior. Uno, que el guía Valentín Parra llama «la corchera», sirve para señalar el paso entre las peñas donde se pierde la trocha del Collado de la Cueva, más allá de la Fuente de las Angustias.

2)

LA PEDRIZA ANTERIOR

Inmediatamente después, la Pedriza anterior, que corresponde a lo que en el país se llamó antes «las Canchas de Manzanares», se alza, como un enorme muro escalonado, hasta los 1.640 metros de altitud (733 metros sobre Manzanares). Todavía sobre ella, el Yelmo o, por otro nombre, la Peña del Diezmo, que le corona, pone sus 175 metros de talla para aumentar el efecto del nuevo esfuerzo verticalmente ascendente (605 metros sobre el Alcornocal), el mayor de todos los de la Pedriza, como veremos.

En este esfuerzo ascendente, la Pedriza anterior se escalona en una sucesión de rápidos saltos, cortados bastante antes de la mitad de la elevación por un largo y estrecho collado longitudinal, que, iniciándose vagamente por la ver-

tiente oriental, se despeña al Oeste en la Garganta de Manzanares, donde el paisaje entero presenta sus caracteres más interesantes e imponentes. Este collado se conoce con el nombre de «la Cueva», por la caverna del «Ave María», próxima a la trocha que le sigue, y que, en realidad, más que una verdadera caverna—raro fenómeno en el granito—, es un espacio cerrado y cubierto por el deslizamiento de un bloque granítico muerto sobre la peña viva del plano inmediatamente inferior.

Desde el primer momento, la Pedriza anterior se caracteriza marcadamente por su color y su relieve.

Toda granítica, como la Pedriza entera. salvo las breves modificaciones de la masa eruptiva en micro-granitos, sienitas, etc., las venas de pegmatitas y los mantos de pórfidos diversos, está compuesta de elementos muy gruesos, prestándole la riqueza de la ortosa el acentuado color rosa que sugiere para ella el calificativo de «rubia», por semejanza de color y, además, por el contraste—modo de asociación de ideas tan frecuente—con el obscuro granito de La Maliciosa, su hermana gemela, «la Morena».

Esto, en cuanto al color. En el relieve, a medida que se asciende por la Pedriza anterior, comienzan a aparecer, exagerándose cada vez más, las amplias superficies curvas, macizas y rotundas, de sorprendente pulimento, que ha

borrado la áspera estructura granuda del granito, afectando a menudo remates cupuliformes, y rotas por diaclasas longitudinales y horizontales de cierta simetría, entre las cuales se deshoja la peña en gruesas capas concéntricas.

Es muy significativa la desinencia femenina («Canchas») puesta en el país, con mucho acierto, por su sonrosada redondez, sin duda, a este raro relieve de la Pedriza anterior.

Donde mejor se acusan estos caracteres es en el ciclópeo Barranco o Hueco de las Hoces, estrecha y rápida canal recta, abierta en el flanco Oeste, como una estría profunda, y obstruida por los bloques desprendidos de las cresterías de sus muros, montada sobre el reborde en que se deshace el barranco inferior por donde corre el Arroyo de los Huertos, afluente del de la Majadilla, que encuentra en breve al río Manzanares.

Semejanza con ellos sólo se encuentra en contados lugares de la sierra. A saber: al Nordeste de la Pedriza, en algunos elementos de la Sierra de la Cabrera, singularmente la cumbre del Pico de la Miel (1.394 metros), tan semejante al Yelmo, nombre que, como veremos, también llevó en otro tiempo; y al Sudeste, los Riscos de la Cueva (1.636 metros), de Pinares Llanos, entre El Escorial, San Rafael y Peguerinos. En la base de la ladera meridional del Cerro de la Cruz de Serores (alrededor de 1.000 metros),

próximo a Cebreros, camino de la Lancha de la Grieta, hay también aspectos bastante semejantes a la Pedriza. Este Cerro se encuentra casi en el centro de la zona en que se confunden las grandes alineaciones de la Carpeto-Vetónica: Guadarrama, Malagón, la Paramera y Gredos.

3)

EL YELMO O PEÑA DEL DIEZMO

Sobre la plaza en que remata, en plano todavía ascendente, la Pedriza anterior, se eleva aislada, la Peña del Diezmo, antaño llamada también «el Yelmo», como veremos.

La Peña del Diezmo, única en toda la Cordillera por sus proporciones y caracteres, no causa la emoción de obscuro temor que otros riscos de la Sierra. Lejos de la violenta barbarie que dan a la menor de las dos Maliciosas, por ejemplo, la bruta tosquedad de su modelado, la negrura de su entonación, su agresivo impulso hacia adelante y hacia arriba, la Peña del Diezmo ostenta la claridad de un color ligeramente tostado y la suavidad del perfecto pulimento que, salvo las interrupciones de las diaclasas, admira en su superficie anterior, obedeciendo con regularidad a una forma hemisférica levemente prolongada y en plena actitud estática.

El enorme Yelmo sorprende y se impone,

desde luego, cuando se llega ante él, por sus proporciones colosales. Cubriendo una superficie de cerca de un hectómetro cuadrado, se levanta 175 metros sobre su base por el Sur y 95 por el Norte (1). La última de estas cifras es exactamente la elevación máxima del Monasterio de El Escorial, desde el nivel de La Lonja al remate de la cruz del cimborrio central (2); de suerte que, imaginando la octava maravilla del mundo trasportada al pie de la pared Norte de la Peña del Diezmo, se proyectaría enteramente sobre su fondo, sin que la fina aguja rematada en el símbolo cristiano se destacara sobre el cielo, haciéndose visible desde el lado contrario.

Pero tanto, tal vez, como el tamaño, es la forma lo que impresiona en el poderoso risco; el esfuerzo original de la Naturaleza a pasar de la configuración amorfa e indiferente con que suele tratar a las rocas a una forma geométrica esférica, casi acabada y perfecta. La Peña del Diezmo, vista por el Sur, frente a frente, a la breve distancia que consiente el diámetro de la

(1) Estas cifras fueron obtenidas con ocasión del breve reconocimiento geológico de la Pedriza, principalmente en el aspecto glaciario, realizado en Febrero de 1914 por los profesores del Laboratorio de Geología del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Sres. Hernández Pacheco y Fernández Navarro, con algunos de sus alumnos, entre los que figurábamos.

(2) J. R. MÉLIDA: Texto a la monografía de El Escorial, en la serie *El Arte en España*, editada por la «Comisaría Regia de Turismo».

plaza en que se asienta, es también una maciza cúpula colosal, ante la cual ceden y se reducen lastimosamente las dimensiones de todas las cúpulas que la arquitectura humana ha levantado hacia el cielo.

A medida que nos desviamos en dirección Oeste, el aislamiento de la peña se hace menor, a base comienza a hundirse en la depresión que baja al Hueco de las Hoces; algunas adherencias laterales se manifiestan, y, hasta, por excepción, un apéndice extraño descompone brevemente la humana regularidad del conjunto. La cúpula, alargándose entonces en su vértice, se transforma claramente en el alto yelmo de combate, bruñido por el tosco artificio de las lluvias de las estaciones milenarias que ha conocido.

¡Oh hermoso y noble yelmo carpetano, cuántas fieras batallas del rayo y todos los meteoros has resistido! Puesto que Roldán no pasó estos montes con su invencible Durandarte, que, sin embargo, una leyenda dice forjada en tierra ibérica (1), ¿la espada de cuál paladín hendió el hondo tajo que te corta hacia el sol naciente?

Esta brecha, que corta de parte a parte el

(1) Hallamos, en efecto, en el viejo *Libro de la Montería del Rey Alfonso XI*, tan interesante para nuestra toponimia orográfica, este pasaje curioso: «Et aun dicen mas, que con el carbon deste monte (Montoto) et con el agua de Aguas vivas, que fue temprada el espada Durandarte, que fue de Roldan.» (Libro III, cap. III, De los montes de tierra de Burgos et de San Millán de la Cogolla.)

casco, deteniéndose en lo más espeso de su base, casi hasta el nivel y muy cerca de la blanca mancha que señala en el granito el último desprendimiento de las diaclasas, permite con trabajo el paso de un hombre de una a otra vertiente, saliendo a la pared Norte, entre canchales deshechos, con curiosos efectos de erosión, incluso perforaciones completas de la roca, casi a la altura de la grieta, que permite el acceso fácil, rápido y seguro, aunque siempre emocionante, a la cimera del yelmo, castigada por los rayos. La lluvia ha excavado en la plataforma sobre que se alza esta cimera grandes pilas, bebederos de buitres, algunas de las cuales sólo se agotan en el centro de los más secos estíos carpetanos.

Abajo, en la base Sur del Yelmo, han caído también algunas escamas; restos de desprendimientos graníticos que, con el rudo choque, hicieron brotar en la pradera húmeda algunas fuentes. El último de estos desprendimientos parece que ocurrió en 1903. Fernández Navarro ha aludido a esta caída, diciendo que «indudablemente se trata de algún fragmento ya casi aislado por las diaclasas, y al que las heladas, precedidas de lluvias, acabaron de separar, dando lugar a su deslizamiento» (1).

(1) L. FERNÁNDEZ NAVARRO: *Excursión de la Cabrera a Villalba por Miraflores*. (En el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1903.)

Vista por el Norte la peña, no sólo se reduce en altitud (80 metros, como hemos visto), sino que cambia de aspecto, perdiendo la pulimentación y la convexidad. El negro muro se levanta vertical, castigado por el helado Norte, cuya acción hacen patente los canchales acumulados a sus pies, ruinas de las heladas constantes. La pared entera, de arriba a abajo, ha saltado en la grieta conductora hasta la cumbre.

Mas de nuevo la peña vuelve a ser Yelmo, aunque de más obscuro color, como manchada por los óxidos, al iniciarse la vuelta al Oeste; hundiéndose, más imponente cada vez, en el ciclópeo Hueco de las Hoces.

4)

LA SILLA O COLLADO DE LA DEHESILLA

Más allá de la base de la Peña del Diezmo, la Pedriza anterior sigue elevándose lentamente hasta llegar a unos 1.650 de elevación sobre el mar (743 sobre Manzanares); cuando, de improviso, se hunde en un abismo vertiginoso, en cuyo fondo, a 400 metros de profundidad, corre el arroyo de la Dehesilla, cerca ya de su confluencia con el de la Majadilla, girando hacia el Sudoeste en busca del río. La Silla, como se llamaba antaño, o el Collado de la Dehesilla, se-

gún se dice hoy, forma el enlace con la Pedriza posterior, y es una depresión del relieve orográfico que baja de la Pedriza anterior hasta 1,430 metros (523 sobre Manzanares), para volver a ascender en la Pedriza posterior a alturas bastante mayores que las de donde procede.

El Collado, de rápidas pendientes en su elevación final, de estrecha divisoria, pero de amplia anchura, divide las aguas del arroyo de Coberteros, al Este, y del arroyo de la Dehesilla, al Oeste; ambos afluentes izquierdos de Manzanares, como todas las aguas de la Pedriza; pero aquéllas, mediante el arroyo o río Mediano, aguas abajo de Manzanares el Real, unos cuatro kilómetros.

En uno y otro sentido, es decir, a Saliente y Poniente, la depresión va profundamente encajada entre el macizo de la Pedriza anterior, al Sur, y al Norte, el muro oriental del circo de la Pedriza posterior, que se acentúa en un desarrollo más poderoso avanzando hacia el Sudoeste.

En esta dirección, donde ya la ruda pendiente del Collado se encalma relativamente, al borde de la trocha que va a Chozas de la Sierra, yace sobre una pradera húmeda, a pocos pasos del arroyo de la Dehesilla, que se hunde en su cauce hondo, el famoso Canto del Tolmo, el mayor de todos los cantos desprendidos de la larga

Sierra de Guadarrama. Tiene, según Prado (1), de 16 a 18 metros de alto y 73 de circunferencia, lo que corresponde a unos 23 de diámetro. De suerte que, si sobre estos de Prado, le asimilamos a una esfera de 11,50 metros de radio, tendríamos para él un volumen de 176 metros cúbicos, en números redondos, que representan un peso de 457.000 kilogramos, apreciando en 2,6 la densidad del granito.

Agrega Prado que «no sería difícil hallar el sitio de su primitivo asiento»; y, en efecto, aunque de primera intención se busca éste del lado Sur, o sea de las alturas de la Pedriza anterior, pronto se desecha esta idea, viendo el enorme Canto suspendido al borde del cauce hondo del Arroyo de la Dehesilla, que hubiera salvado entonces por su propia inercia. Es en la crestería del borde Sur de la Pedriza posterior donde

(1) C. DE PRADO: *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid* (Madrid 1864), páginas 60-61. El nombre de «Canto del Tolmo» se repite otras dos veces en las sierras próximas, probablemente por el recuerdo del de la Pedriza. Hay un Canto del Tolmo en la Sierra de la Cabrera y otro al pie del Cerro Berrocoso, en término de Chozas de la Sierra. Este último es una bonita piedra caballera; mientras el primero, como el de la Pedriza de Manzanares, a que se parece en pequeño, tanto como el Pico de la Miel, de la propia Sierra de la Cabrera, a la Peña del Diezmo (ambas «Yelmos», de la antigua toponimia), procede de un desprendimiento, a saber: del Cancho de la Cruz, próximo. Cfr. L. FERNÁNDEZ NAVARRO: *Cuatro días de Sierra: de La Cabrera a Canencia* (en la revista *Peñalara*, Agosto 1916). Según el Diccionario de la Lengua, «tormo», que en el país se dice «tolmo», por sustitución de la *r* en *l*, es tanto como peñasco eminente y aislado.

precisa buscar su origen, por el contrario; y, en efecto, pronto se le encuentra, por la identidad de la roca y hasta del vaciado de la forma, en la brecha del muro que sigue inmediatamente a Levante al llamado «Pájaro», posado sobre la cumbre del Pinganillo, brecha en la cual el Tolmo encajaría casi perfectamente, salvo los fragmentos perdidos en la caída y los desgastes posteriores de la erosión, si un Hércules celtibérico se tomara el décimotercio trabajo de intentar esta restauración histórica, y para la cual, por lo mismo, proponemos el nombre de «Portillera del Tolmo».

La pista de la caída del Tolmo, en todo caso, está perfectamente indicada por el reborde que surca la cara Sur del Pinganillo en que se posa el Pájaro, de Noroeste a Suroeste, hasta deshacerse en la base, en una trituración formidable de la roca. El Canto cayó, pues, en este sentido, en una época anterior a la formación de los minúsculos vallecitos labrados longitudinalmente ante el muro del Pinganillo por los cursos de agua que descienden de la altura, cuando solamente existía el Arroyo de la Dehesilla con un cauce menos profundo que el actual, que la enorme piedra pudo saltar de un fragoroso salto, hasta quedar vencida en su impulsión, por su propio peso, en el plano inclinado en que se conserva.

Una fuente, residuo de la que debió producir

en su caída, como la del último desprendimiento del Yelmo, mucho más débil, ante su vertiente Sur, de que se ha hablado antes, acentúa, en la cara Oeste de la caída roca, el carácter de refugio natural abierto a todos los viandantes que el Canto del Tolmo tiene, con su amplio voladizo, en la terrible garganta de la Dehesilla. Surcado por la mancha de humo que se ensancha en la cara interior de este voladizo de abajo a arriba, esta huella señala como viejo hogar humano la triste roca muerta. Un roble vive en lo alto, pobre y solitario, nutriéndose de los elementos favorables a la vida vegetal que la descomposición del granito crea en las grietas altas por donde tiende sus raíces. Prado vió ya, en 1860, a este anacoreta, verdadero estilista de la Pedriza desolada.

5)

LA PEDRIZA POSTERIOR

La Pedriza posterior está constituida por un amplio circo cuyo segmento oriental se une al macizo de la Pedriza anterior, mediante el Collado de la Dehesilla.

A falta de nombres locales seguros para el conjunto de cada uno de los dos segmentos, oriental y occidental, que componen el circo, podemos admitir, para el primero, el de «*Cuerda*

de los Pinganillos», y, para el segundo, el de «*Cuerda de las Milaneras*», con que comenzaron a designarlos los primeros reconocedores de la Pedriza.

En el primero de ellos, o sea en la Cuerda de los Pinganillos, se alzan las mayores culminaciones laterales de la Pedriza posterior, que alcanza 1.923 metros sobre el mar (1.016 sobre Manzanares el Real) en el llamado Cerro de los Hoyos, en la hoja, aún inédita, del término de Manzanares, preparada por el Instituto Geográfico y Estadístico para el mapa general de España a la escala de 1 : 50.000. Los riscos cimeros afectan en esta cuerda ascendente formas agudas, desgarradas, de verdaderos dientes de sierra, separados por altos y difíciles pasos encajados entre corredores sinuosos, laberínticos. Obras estos pasos de la erosión milenaria de la roca, tan sólo se señala en la Cuerda de los Pinganillos un verdadero puerto o collado tectónico, estructural, en el Collado de la Ventana (1.790 metros): depresión amplia y suave, relativamente, oasis y remanso entre tanta aspereza demolida en escombros por los siglos, flanqueada al Norte por el interesante Cancho de la Herrada (1.804 metros de elevación sobre el mar, 897 sobre Manzanares), en que el granito de la Pedriza posterior todavía repite el relieve pulido y la estructura deshojada del de la Pedriza delantera. El Collado de la Ventana, pa-

ralelo al de la Dehesilla, pero en una zona más alta, conduce al llamado Hueco de San Blas el viejo, formado entre la cara oriental externa de la Pedriza posterior, la dorsal de enlace con la Sierra principal y la prolongación de ésta.

La rama o segmento occidental de la Pedriza posterior, o sea la que hemos convenido llamar «*de las Milaneras*», con altitudes menores, como corresponde a su situación, dada la rítmica degradación general de nuestra Sierra hacia el Poniente, y con formas, en general, menos abruptas, ofrece en los riscos de su crestería masas a veces muy poderosas y amplias. A partir del gran Cancho Centeno (1.905 metros), cumbre de la rama, y casi origen de ella—salvo el grupo de la Peña del Rayo (1.885 metros), que le precede a Nordeste—la línea de las Milaneras desciende después, en culminaciones anónimas o no bien definidas, de 1.827, 1.778, 1.754 y 1.601, hasta deprimirse en el Collado Cabrón (1.302 metros), pasado el cual, a Sudoeste, la cuerda se deshace, ante las proximidades del río, en el siniestro Cancho de los Muertos, a 1.292 metros. Por el hueco que se forma entre la cara externa de esta rama y la Cuerda larga de la Sierra principal, se despeña el Arroyo Cuervo en un barranco lóbrego, de apariencia dantesca. Dos collados principales comunican la parte alta y baja de este arroyo con la zona

superior del circo y el ingreso al mismo: el Collado de Prado Pollo, que lleva al piso más alto de aquel circo, y el Collado Cabrón, ya citado, que conduce a la salida del Arroyo de la Majadilla, en su confluencia con el de la Dehesilla, y en relación, por consiguiente, con el Collado de este mismo nombre, para salir a Chozas y pasar desde la cuenca de Manzanares a las de Guadalix y Lozoya.

Los tres aserrados riscos que unos llaman «de Matasanos» y otros «de Prado Pollo», cierran el circo de la Pedriza posterior, como la clave de un arco, uniendo las dos ramas de los Pinganiños y de las Milaneras, a 1.986 metros sobre el mar (1.079 sobre Manzanares).

Aprisionado así, con un diámetro transversal máximo de unos tres kilómetros de divisoria a divisoria, el circo de la Pedriza posterior tiende a cerrarse por el extremo Sur, dejando una estrecha salida al Arroyo de la Majadilla, que, a poco de salir de su alto recinto, se junta con el de la Dehesilla en el Prado de Peluca para ir en breve a confundirse en el río Manzanares.

Penetrando en el bárbaro circo de la Pedriza posterior por esta estrecha brecha, al Noroeste de la cual la lisa pared occidental del Pinganiño sobre que el Pájaro se posa, finge con su elevación vertical una rama de *u* de valle glacial, cuya erosión continúa, en breve *v*, el pequeño

curso de agua, le hallamos escalonado en tres altos pisos, en que se superpone su elevación total de más de 500 metros sobre la confluencia del Arroyo de la Majadilla, que desciende de su interior, con el de la Dehesilla. Estos tres pisos son los que los cabreros designan, de abajo a arriba, con los nombres de «*los Llanillos*», «*los Llanos*» y «*Prado Pollo*». Cada uno de los peldaños exagera su elevación sobre el que le precede, singularmente el último, y están separados por rebordes estrechos, planas mesetas de desarrollo ceñido a la curva interna del hemiclo. En la meseta de Prado Pollo, la más característica de las tres, la pradera está casi en la horizontalidad de la superficie líquida de una laguna; y en la de los Llanillos, va tendida de extremo a extremo de las dos ramas del circo, como una senda natural llana, aunque ligeramente combada.

Dondequiera, túneles, arcos, puentes, corredores, chimeneas, ventanas, torres, pozos, murallas almenadas, fantásticas arquitecturas intraducibles a los usos humanos, se arruinan en silencio, día tras día, en las elevaciones solitarias, desnudas de vegetación y sometidas constantemente a las oscilaciones térmicas más violentas: desde el ardiente mediodía a la gélida madrugada, que, con la expansión de la gota de agua al congelarse, hace saltar la roca y destruye tenazmente la alta y calíada montaña que nos

parece recitar, eternamente, a su manera, el consejo del poeta:

«Seul le silence est grand; tout le reste est faiblesse».

6)

DORSAL DE ENLACE

Por último, del vértice que forman, uniéndose, las dos ramas que componen el circo de la Pedriza posterior, arranca la dorsal de enlace que une el macizo granítico de la Pedriza a la enorme masa de gneis glandular de la Cuerda larga.

Señálanse en esta dorsal dos elevaciones principales:

Primero, tras el Alto de Matasanos, con sus 2.019 metros de elevación sobre el mar (1.112 sobre Manzanares), las Peñas Linderás, con 2.087 y 1.180, respectivamente.

Luego, la Torre de la Pedriza, a 2.210 metros de altitud (1.303 metros sobre Manzanares, altura máxima). Aquí se hace el contacto con el gneis. La Pedriza desaparece a pocos metros de la divisoria al Valle de Lozoya, ante la Loma de los Bailanderos, que aun la excede 27 metros más en elevación, puesto que culmina a 2.237 sobre el mar.

III

FORMACION

Quins crits mes horrorosos degué llençar la terra
infantant en ses jovens anyades exa serra.
Que jorns de pernabatre, que crits de gemegar,
per traure a la llum pura del sol exes montanyes,
del centre de sos craters, del fons de ses entranyes,
con ones de la mar!

JACINTO VERDAGUER: *Montanyes Maleides*.

1)

EL VIEJO GUADARRAMA

La historia de nuestra Sierra madrileña se remonta a un tiempo no sólo anterior, con mucho, a la aparición de nuestra especie, sino a la de la vida entera, acaso hasta en sus formas más humildes.

Del mar, poco menos que estéril todavía; de un mar que entonces podía merecer el triste adjetivo con que estigmatizó, ciegamente esta vez,

el viejo Homero, la cuna de la vida, emergió, en un prolongado y laborioso levantamiento, la Cordillera: depósito enorme de barros profundos y espesos, sedimentos de la primera corteza de la Tierra, en un mar primitivo desconocido, metamorfoseados en roca cristalina por la temperatura y la presión de los abismos, donde le penetraron e inyectaron los agentes mineralizadores.

Ni el más tímido residuo de vida organizada, ningún fósil, ha revelado aún el estudio de estos terrenos gneísicos del viejo Guadarrama, auxiliado por el microscopio y la fotografía.

El *Archaeozoon Macphersoni*, un pólipo remoto que Juan Carandell, nuestro buen amigo, creyó hallar en una preparación de caliza cristalina del Cerro de San Benito y que hubiera sido el más antiguo organismo animal conocido, ha pasado como una ilusión de juventud (1), sucesor del *Eozon Canadiense*.

Pero la presencia entre el viejo barro oceánico transformado en gneis glandular o en gneis micáceo, de calizas intercaladas y aun interes-tratificadas, como probables restos de bancos madreporicos que el metamorfismo hizo también cristalinos, convirtiéndolos en mármoles,

(1) Cfr. el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XIV, 1914, páginas 405-406, con una microfotografía a 65 aumentos del supuesto residuo de organismo arcaico.

desde Peñalara hasta más allá de Alberche, comprueba asimismo el origen sedimentario, en el fondo de un mar, del material levantado de la Cordillera, en los comienzos de la era primaria o palezoica, por el plegamiento llamado «huroniano», a que se le atribuye.

El viejo Guadarrama gneísico era entonces mucho más elevado y voluminoso que el actual, su triste ruina.

2)

EL NEO GUADARRAMA

El hombre vestido de seda de la grandiosa parábola del santo Buda (1) había rozado con la manga de su túnica, una sola vez cada cien años, desgastándolas, las jóvenes rocas, duras y compactas, en el curso de casi todo uno de los dilatadísimos ciclos de la vida de la Tierra que los geólogos modernos llaman «eras», cuando hacia el período carbonífero medio de la era primaria o palezoica, nuevos movimientos orogénicos determinaron otra generación de montañas que se designa en la ciencia de hoy con el nombre de plegamiento «herciniano», aludiendo a las montañas del Hartz, en la Europa central, que pertenecen a ella.

(1) Puede verse, en resumen, en la conclusión de nuestra *Guía alpina del Guadarrama*.

Entonces, las erupciones graníticas que se produjeron al Sur del viejo Guadarrama gneisico dislocaron la primitiva alineación casi rectilínea de la Cordillera, encorvándola y hasta rompiéndola enteramente en alguna región. La más marcada solución de continuidad de éstas, es la producida, hacia su tercio final, por la intersección de la gran Sierra de Gredos, dejando al Sur de ésta, como un eslabón roto y suelto de la cadena del Guadarrama, la Sierra de San Vicente, en tierra de Toledo (1).

Ante la lenta, inacabable invasión de los granitos a lo largo de la vertiente Sur del viejo Guadarrama, lanzándose al asalto de la misma cumbre de Peñalara, donde, sobre el propio acantilado de la laguna, quedan las imponentes reliquias del combate con los viejos gneises re-

(1) En su tesis doctoral sobre *Las calizas cristalinas en la Sierra del Guadarrama* (Madrid, 1914), Carandell hizo, por primera vez, esta observación justísima, guiado por la dirección del eje de la Cordillera, que permite distinguir unas de otras las montañas de Gredos de las del Guadarrama, en la región de encuentro de las tres provincias de Madrid, Toledo y Avila, donde se produce el contacto de ambas alineaciones. Gredos arranca con toda precisión en el Cerro de Guisando, siguiéndole después, en los orígenes de la cadena, los gemelos del Cerro de Casillas, al Sur, y del Cabezo de la Parra, al Norte, y, en tercer lugar, el Cerro de Escusa, por otro nombre «Cuatro Manos», desde donde la cadena se define mejor cada vez, aislada ya de toda adherencia. Mientras los elementos que quedan al Este y al Sudoeste de Gredos y en que se marca todavía la típica alineación Nordeste a Sudoeste (Peña de Cالدالو, Peña de Cenicientos, Sierra de San Vicente), pertenecen todavía al Guadarrama, en sus postrimerías ante el Tajo.

sistentes y al fin triunfantes, el modelado de la antigua cadena del paleo Guadarrama desapareció de un modo que nadie podría restaurar ya cumplidamente. En cambio, grandes macizos de estas rocas eruptivas profundas quedaron ya agregados a la Cordillera, apoyándose en ella, como las Machotas, el Abantos, la larga Cuerda de Peña Horcón, la Maliciosa y la Pedriza, en progresión siempre ascendente, de Sudoeste a Nordeste; ya continuando sus alineaciones, como la Sierra de la Cabrera, o, por último, formando una nueva alineación paralela, como la que trazan el Cabezo Illescas, la Sierra del Hoyo de Manzanares y el Serrajón de Villalba, etc.

3)

LA FASE SUBTERRANEA DE LA PEDRIZA

Todos estos macizos representan, por tanto, la parte menos antigua del Guadarrama. Pero todavía es posible reconocer una modernidad mayor, una juventud más próxima a nuestra brava Pedriza, si, como los sabios de hoy entienden, ésta es, originariamente, un «batolito», esto es, una ingente masa de rocas profundas, abisales, del averno último en que se fraguan los elementos íntimos de la piedra; masa rotunda, consolidada en las entrañas mismas de la

Tierra, como la criatura en el cuerpo de la madre, y que sólo aflora a la superficie actual por la acción consecutiva de las denudaciones y dislocaciones de la corteza del planeta.

Nada más distinto de este episodio, no obstante llamarse eruptivo, por sus orígenes, que los fenómenos volcánicos que puede sugerir la palabra. El magma granítico, procedente de grandes profundidades, no sólo ha brotado sin aparatos volcánicos del tipo que de ordinario nos representamos los volcanes, sino, además, con la extrema lentitud de los grandes sucesos geológicos, cristalizando lentamente en un medio tranquilo, bajo la bóveda de las grandes anticlinales, protegido, tal vez, por una espesa capa de sedimentos, denudados después secularmente, y elevado, finalmente, hacia la superficie por acciones internas y externas de vicisitudes diversas.

4)

LA FASE SUBMETEÓRICA

Apenas alumbrada y bajo la acción de la atmósfera, la Pedriza comenzó a ser tallada al aire libre como un bloque de mármol que trabaja el escultor, por la obra arbitraria y contradictoria de todos los meteoros actuando sobre la peculiar estructura de sus rocas.

En su conferencia sobre la Pedriza, pronun-

ciada en el Congreso de Oporto de la «Asociación española para el progreso de las Ciencias» (Julio de 1921), Fernández Navarro ha enseñado documentalmente cómo las diaclasas preexistentes desde la fase interior (es decir, las grietas de retracción de la roca), la alteración normal del granito y la desigual resistencia que la roca ofrece a los agentes naturales, a veces en puntos muy próximos, son las «causas que, dirigiendo el proceso erosivo de todo el macizo, han transformado la primitiva masa, más o menos uniforme, en una serie de depresiones—«hoyos» [o «huecos», también dichos]—separadas por aristas de bordes aserrados—«cuerdas»—, dando por resultado la topografía más intrincada, grandiosa e interesante que pueda imaginarse».

La Pedriza es, probablemente, un ejemplo de erosión en el granito único en el mundo.

5)

EL MAR CRETÁCICO

Los dos pequeños depósitos sedimentarios que quedan en las proximidades de Manzanares el Real y de Cerceda, atestiguan, a su vez, la invasión del mar cretácico que, al finalizar la era secundaria o mesozoica, alcanzó desde el Este a la Cordillera hasta su región central, en sus dos vertientes, en las épocas de mayor exten-

sión de su avance, a consecuencia, al parecer, de un movimiento de descenso en la vertical de la meseta.

La Sierra, hoy tan continental, adquirió entonces un carácter de costa alta en que las sinuosidades del agua, adaptándose a la curva de su nivel y penetrando en el accidentado relieve orográfico, le daban un aspecto de fiord septentrional o de ría gallega. El Cerro de San Pedro (1.485 metros) y el Cabezo Illescas (1.130 metros) eran los promontorios avanzados del largo y estrecho golfo Manzanares-Samburiel, cerrado al Oeste, hacia Moralarzal, por la divisoria del Guadarrama, bien poco acentuada, a no ser en el Cerro de Cabeza Mediana (1.331 metros), o sea del Telégrafo óptico, tan macizo y redondeado.

Era un mar tranquilo, sin mareas allí, de escaso fondo, ya pronto a extinguirse.

El asalto rítmico de las olas, lo que los geólogos llaman el «ariete marino», en su lenguaje, que a veces tiene inevitables veleidades retóricas, apenas castigó esta costa alta, ni llenó las oquedades de los montes con la resonancia de la música ansiosa del agua oceánica. Pero las altas cumbres que en otros tiempos remotos fueron fondo de mar, se envolvieron ahora en la atmósfera marina, con sus brumas y nieblas persistentes, sus precipitaciones atmosféricas en forma de lluvias que apresuraron la erosión pluvial, tan acentuada en la Pedriza, como veremos.

Políperos, espongiarios y moluscos vivían en el seno del mar que dejó la creta. Los pájaros y los reptiles volaban en el aire y se arrastraban sobre la tierra.

6)

GLACIARISMO

Al comenzar la era cuaternaria, que es la actual, en vísperas de la formación de la especie humana o en los tiempos primeros que vió ésta, se señalaron cambios climatológicos de gran importancia para la erosión de las regiones altas de la montaña.

La atmósfera pliocénica (fines de la era terciaria) era benigna para toda vida. Más aún que el avance hacia Europa de la flora y la fauna descendida hoy al Africa central, lo dice la aparición del «ser vertical» (Rosny), enteramente desnudo, desprovisto del abrigo de pelo concedido a todos los animales que le precedieron. Casi simultáneamente, sin embargo, por causas no bien determinadas todavía, tal vez, como más probable y eficaz, la leve desviación del eje de la Tierra, los hielos del casquete polar ártico descendieron por la Europa central, y la línea de las nieves perpetuas bajó hasta alcanzar las cumbres de las montañas meridionales, tallando sobre ellas las formas agudas y atrevidas características de la belleza alpina.

¿El glaciario cuaternario se dejó sentir sobre la Pedriza?

Por su elevación, que apenas excede de dos mil metros sobre el mar, y más aún por su exposición a pleno Mediodía, sin que el macizo del Cabezo Illescas y de la Sierra del Hoyo de Manzanares, alineados ante ella paralelamente, hayan podido, en razón de su escasa altitud, desempeñar el papel de aisladores de la acción térmica del Mediodía (1), la Pedriza de Manzanares, aunque no reconocida suficientemente en este sentido, parece que hubo de quedar fuera de la acción glaciario, aun en sus mayores avances.

Todavía están por señalar las decisivas es-

(1) Aludimos a la teoría imaginada por Obermaier, verdadero revelador del glaciario español, con el ingeniero Mazarredo por precursor único, para explicar la localización al Sur de todos los glaciares cuaternarios de nuestra Sierra (en la cortina Norte del Valle de Lozoya y en la Peñalara), salvo el pequeño aparato iniciado en la vertiente Norte, entre el Cerro de Valdemartín y Cabeza de Hierro Menor, que podría llamarse «del Arroyo Terradillas». Cfr. su obra *Los glaciares cuaternarios de la Sierra de Guadarrama* (núm. 19 de la serie geológica de los trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales). Juan Carandell, discípulo y colaborador de Obermaier, publica en este opúsculo dos dibujos de reconstitución ideal del macizo de la Peñalara en la penúltima y en la última glaciación. La montaña aparece, en el primero de estos dibujos, cargada enteramente de nieve y hielo, formando las morrenas de sus cuatro glaciares un gigantesco collar pendiente de sus hombros, deprimidos a los dos lados de la cumbre. La reconstitución es interesante; pero nos parece que nuestro amigo, en lugar de restaurar los glaciares sobre el perfil deprimido de la Peñalara actual, debió, para mayor fidelidad, devolver a la montaña la superior elevación y las formas más afiladas y atrevidas, que indudablemente poseyó entonces, re-

trías dejadas sobre las rocas del valle glaciario por la enorme presión del río de hielo en su avance resbaladizo (1).

cordando la pirámide actual, gneisica también, del Cervino, surgido de la Tetis antigua, del Mediterráneo anterior al actual, que según Neumayr, daba la vuelta entera a la Tierra, en una época en que ya nuestra Peñalara era ilustremente decrepita.

(1) El 18 de Febrero de 1917, de vuelta del Canto del Tolmo, en que saludamos la lápida a la memoria del querido maestro que este monumento natural conmemora, en el día justo del segundo aniversario de su muerte, hallamos sobre la mesa del Albergue una pesada muestra de pórfido verde, extrañamente enigmática y sugestiva. Su descubridor habíala saltado en dos mitades, llevándose una consigo y dejando la otra para el primer ocupante, como testimonio de glaciario en la Pedriza, según rezaba la envoltura, pero omitiendo el lugar del hallazgo, desgraciadamente. La roca, que conservamos en nuestro poder y que parece un viejo canto saltado y trabajado por el agua, muestra en aquella de sus caras que parece superior hasta cuatro estrías rectas de un paralelismo y equidistancia casi perfectos, de seis centímetros de longitud y a dos de distancia una de otra. ¿Son estrías glaciares, como pretende el anónimo descubridor? Seguramente, no. Las estrías glaciares, no sólo carecen de la sorprendente regularidad de éstas, sino que, además, nunca penetran en la estructura íntima de la roca, como revela en éstas la fractura. Una incógnita fuerza ha obrado sobre la superficie de nuestro pórfido en los días enormemente apartados de nosotros en que, corriendo por la superficie del granito, se enfriaba rápidamente, hasta solidificarse, el magma porfídico en su compacta masa, salpicada de pequeños cristales de feldespato y cuarzo. El canto es mucho más enigmático que lo que a su inventor parece. Sirva esta nota para ponernos en comunicación con él, si por ventura llegase a leerla (a).

(a) Y, en efecto, la nota cumplió su misión, para satisfacción nuestra. La muestra enigmática fué hallada en el arroyo que baja del Collado de la Herrada, por quien más podía hallarla: Juan Antonio Kindelán, uno de los tres hermanos que han conocido y poseído mejor a la Pedriza y cuyo apellido debe quedar entre los riscos bravos con derecho más perfecto.

EL RELIEVE DE LA PEDRIZA

Pero entonces, ¿a qué, sino a la lima glaciario, deben su extraño pulimento las rocas de la Pedriza anterior, especialmente, verdaderos «lamiarés» (rocas lamidas), según el expresivo término del lenguaje de nuestro Norte?

Hay en la Pedriza ejemplos curiosos de erosión de todos los meteoros. Incluso la erosión eólica del viento en sus movimientos giratorios, se podría sospechar ante la curiosa figura de la Peña del Pájaro, perdida en el laberinto de riscos de la Pedriza anterior y que no debe confundirse con el Pájaro posado sobre el Pinganillo. En su fuerza expansiva, la acción del hielo se halla perfectamente expresada, por ejemplo, en el grupo que hemos llamado de «Las Tres Gracias», tosco esferoide saltado verticalmente en dos casquetes y una zona, que se ve montado sobre otra peña ante la cara Sur del Yelmo.

Mas la labor de conjunto de la Pedriza, las amplias superficies convexas, finamente pulimentadas en grandes extensiones por las vertientes menos expuestas a la acción desagregadora del hielo, es un efecto singularmente expresivo de erosión pluvial; esto es, de las aguas de lluvia vertidas, año tras año, durante los mi-

lenios de las edades geológicas, por las ánforas abundantes de los cielos, sobre rocas cuya estructura se presta mejor que otros granitos a este trabajo. La acción mecánica tiene en esta obra la parte menor, aunque a primera vista no se piense en otra. «Peñaldiezmo—escribe Enrique de Mesa (1)—destaca su túrgido cabezo, tenázmente labrado en pétrea curva por los cincelos del agua y de la nieve». No el cincel, sino el disolvente eficaz. Sobre la acción mecánica está, en este caso, la acción química, más misteriosa y sorprendente, corroyendo, con los ácidos que el agua de lluvia lleva en disolución, la trama de los elementos de la roca.

Interesante ejemplo de esta misma acción química son las pilas circulares de fondo plano, que en insólita abundancia se encuentran, mirando al cielo, en las rocas cimeras de la Pedriza anterior, singularmente, semejantes a cedazos, con los que las compara la fantasía de las gentes del país, en el canto llamado «de los Cedazos», sobre la ladera del Boalo, en el cual su colocación sobre un plano lateral hace sospechar un cambio de posición, por desequilibrio, de la peña.

Estas no son los «*pot holes*», las «marmitas de gigante», según otro término figurado de la geo-

(1) *Un historiador duerme* (en la Revista *Peñalara*, n.º 7, Abril 1914).

logía: oquedades tronco-cónicas labradas en la roca viva del cauce de los ríos, sobre los terrenos cristalinos, por la acción mecánica, giratoria, que imprime la corriente del agua a duros cantos, esferoidales, a su vez, por el roce del propio movimiento, que suelen quedar pasivos en el interior durante el estiaje. Bajo el puente del Grajal, el río Manzanares muestra algunas bastante interesantes.

Silenciosa y eficaz, el agua de la lluvia labra y amplía incesantemente estas otras pilas de las cresterías, que a veces se agrupan en extrañas constelaciones, con variados contactos —tangentes, secantes, sucediéndose en rosarios breves—, siempre con un fondo plano en que los elementos del granito se disocian en menudos granos.

Son estas pilas, en cierto modo, los sustitutos de las hoyas glaciares, transformadas en lagunas, que faltan enteramente en la Pedriza, aunque el granito, más que las pizarras y que las calizas, sobre todo, sea el terreno propicio para formarse. Al Sudoeste del Yelmo se encuentra, verdad es, la pequeña turbera, semejante a las del reborde meridional de la Peñalara, que en el país llaman La Lagunilla. ¡Pero cuán breve la escondida charca transparente! Fra Salimbene, el compañero del rey Pedro III de Aragón en el Canigó pirenaico, el sencillo y crédulo franciscano que en su crónica nos pre-

senta el más interesante documento de la vida religiosa en Europa durante el siglo XIII, no hubiera podido ver salir de su seno ningún dragón fantástico, sino a lo más una minúscula salamandra alada. Ante ella podríamos repetir los versos del malogrado Heguesipo Moreau, a la Voulzie, el arroyuelo de su tierra:

Un géant alteré le boirait d'une haleine;
Le nain vert Oberon, jouant aux bords des flots,
Sauterait par dessus sans mouiller ser grelots.

Y, sin embargo, pone en el paisaje la animación que siempre presta el agua.

Larga y estrecha, La Lagunilla se interna entre dos rotundos riscos, al fondo de los cuales cierra la perspectiva el macizo de La Maliciosa, cortado de arriba a abajo por una pequeña aguja, especie de menhir o piedra fita, que se interpone al extremo del corredor, orientado al Nornoroeste.

En manera alguna turberas como ésta podrían compararse con los ojos casi humanos de la montaña, según lo fueron las altas lagunas glaciares en la lindísima composición de Teófilo Gautier, inspirada precisamente por la de Peñalara, que tradujo al castellano el malogrado y querido Enrique de la Vega (1). Pero, en cambio, si la Pedriza carece de estos ojos, los cen-

(1) Cfr. *Peñalara*, n.º 3, Diciembre 1913.

tenares de sus pequeñas pilas pluviales son, a su manera, los «ojos compuestos», como los de los insectos, por cuya merced el reflejo del cielo pasa continuamente sobre ella.

IV

TOPONIMIA

HAY en la toponimia de la Pedriza dos clases de nombres que interesa distinguir. Unos son los nombres conservados por la Historia, y que se refieren, por lo general, a viejos nombres que debemos restaurar, luego que identifiquemos bien los lugares que los llevaron. Otros, los nombres modernos, sin pasado histórico, poco estables aún, variables, oscilantes, que conviene fijar y aun seleccionar, olvidando algunos de mal gusto, que por excepción, no obstante la incultura de los creadores, afean el pintoresco verbalismo de las montañas.

1)

LOS VIEJOS NOMBRES HISTÓRICOS

Los nombres geográficos son los más antiguos, casi siempre, de todas las palabras de las lenguas; sobre todo los nombres de los montes

y los ríos, que determinan la estructura fundamental, eterna e inmutable de cada país, o cuando menos, expuesta a variaciones muy lentas e imperceptibles.

En general, todavía podría decirse que, entre los montes y los ríos, los nombres de estos últimos suelen representar formaciones verbales más antiguas. La razón de esto se encuentra en que, mientras los más antiguos nombres de los montes suelen perderse, por cuanto la montaña, como obstáculo que es, ofrece poco atractivo a los primitivos, siendo, por lo mismo, fácilmente evitada y olvidada, los nombres de los ríos, que son siempre, más o menos, vehículos de comunicación y medios de relación entre los hombres, se transmiten indefinidamente, de pueblo a pueblo y de generación a generación, casi sin modificar, desde las más arcaicas civilizaciones hasta el día.

Hay, pues, nombres de montes y de ríos en nuestra vieja España, que se remontan a pueblos de cuyo lenguaje no quedan otras señales, y cuya explicación, por lo mismo, escapa a toda investigación histórica. Si el Adaja de la tierra abulense, que cruza el valle Amblés dirigiéndose en busca del padre Duero, alude, tal vez, a la vetusta diosa Atégina o Ataecina, especie de Proserpina ibérica venerada en el país, según acredita alguna lápida recogida en el Museo Arqueológico de la capital, Avila, ¿sabre-

mos alguna vez el significado del nombre neolítico, o paleótico quizá, del río Cofio, afluente de Alberche, o del río Tietar, que tiende su magnífico valle longitudinal ante la sierra de Gredos, o «Greos» tal vez mejor (acaso «lo blanco», esto es, «lo nevado») (1); o el de «Canato», que en otro tiempo parece que llevó nuestra Peñalara, según el conocido pasaje de Moratín en su *Diana o Poema de calaza*, escrito ya hace siglo y medio?

En nuestra sierra, sin embargo, aunque ella geológicamente sea arcaica, son excepcionales estos arcaicos nombres. Tal, por ejemplo, el de La Najarra, que con su probable origen eúskaro, representaría la formación filológica más vieja en la larga cadena.

La misma nomenclatura romana está toda borrada, y aun de los nombres moros no quedan, con certeza, para sus grandes accidentes, sino los sonidos representativos de dos ríos (Guadarrama y Guadalix).

Toda romance, la más antigua toponimia de la Pedriza aparece en el libro de Montería del rey Alfonso XI, interesante documento que, por la pasión cinegética del monarca, nos ha tras-

(1) Cfr. *Sobre la etimología de Gredos y más sobre la del Yelmo* (en la revista *Peñalara*, Mayo 1918), donde se recoge la indicación sugestiva de Zabala en favor de una etimología celta en este sentido. Véase también, en el *Anuario del Club Alpino Español* de 1922, el capítulo *Greos, heroico y legendario*.

mitido la nomenclatura, ya desde entonces cinco veces secular, de las montañas todas españolas, salvo la gran Sierra Nevada y demás ramificaciones de la Penibética por Almería, Málaga y Granada, en poder del moro aún por largos años.

Los nombres de la Pedriza que señala esta crónica silvestre son:

- a) El Yelmo.
- b) El Pinganillo.
- c) La Silla.
- d) El Collado del Cabrón.
- e) El Arroyo Cuervo.
- f) El Cabezo del Yescar.
- g) Las Guadarramillas.
- h) La Maliciosa.

No se hallan, en cambio, entre los nombres de los grandes accidentes geográficos, aunque son fondo necesario de sus paisajes, ni el de la Najarra, que debe ser, como se ha dicho antes, muy anterior al Rey, prehistórico enteramente, ni el de las Cabezas de Hierro, enteramente moderno y de procedencia sabia o erudita, si, como parece, procede del hierro magnético, que, según Prado, lleva la montaña desparramada en las rocas antiguas, sobre todo en el gneis (1).

(1) *Guía alpina del Guadarrama*, págs. 49-50. PRADO: *Descripción física y geográfica de la provincia de Madrid*, página 104.

a)

EL YELMO

La hermosa tierra de España,
adusta, fina y guerrera;
Castilla, de largos ríos,
tiene un puñado de sierras
entre Soria y Burgos, como
reductos de fortaleza,
como yelmos crestonados,
y Urbión es una cimera.

ANTONIO MACHADO: *La tierra de Alvar González.*

Un poeta contemporáneo ha comparado con el yelmo de un hombre de armas la cumbre de Urbión, en tierra de Soria, madre de Duero. Lo que hoy es en este poeta una asociación de ideas atávica, regresiva, fué en los tiempos medievales una metáfora llena de actualidad, que estuvo en la mente y en las palabras de todos para designar los altos riscos, de formas rotundas, aislados en las alturas.

Hasta seis yelmos, en efecto, señala en las sierras españolas el libro del rey montero: cinco, en la cordillera central; uno, en la región donde el sistema ibérico se suelda y confunde con el penibético.

Los cinco de la cordillera central, todos graníticos, son:

1. La Peña del Diezmo, en la Pedriza de Manzanares (1).

2. El Pico de la Miel (1.394 metros sobre el mar), en la Sierra de la Cabrera, a Levante de la Pedriza de Manzanares, pasada la divisoria con Guadalix; también en la provincia de Madrid (2).

3. El de las Cabrerías del Quejigar (unos 1.100 metros de elevación), en la confluencia de Cofio con Alberche, región donde el Guadarrama aparece cortado, roto, por la intersección con la gran Sierra de Gredos, en el límite de la provincia de Avila con la de Madrid (3).

4. Otro en la Serrota de Avila (2.294 metros sobre el mar), hoy llamado «el Santo» (4).

(1) «Los Altarejos es buen monte de oso en invierno, señaladamente en tiempo de madroño, et es en el Real. Et son las vocerías, la una por cima del Yelmo fasta en el collado de la Siella...» (*Libro de la Montería del Rey Alfonso XI*, cap. X del lib. III, De los montes de tierra de Segovia, et de Manzanares, et de Val de Lozoya.)

(2) «La Cabrera sobre Bustarviejo es muy real monte de oso en invierno... Et que estén renuevas en el collado del Yelmo... Et que algunos de caballo entre el Yelmo et las Cabreruelas para que fablen et le tornen a la Cabrera.» (Ob. y cap. cit.)

(3) «Las Cabrerías de Sancta María del Quexigar, et la Sarnosa et Cabeza Osera, et el Forno Viejo, es todo un monte, et es muy real monte de oso en invierno. Et son las vocerías, la una desde el Portizuelo de entre amas las Cabrerías, por cima de la cumbre, et por Calamochar, fasta en derecho del Yelmo.» (Ob. cit., cap. IX, De los montes de tierra de Avila et de Cadahalso, et de Sant Martín de Val de Iglesias, et de Val de Corneja.)

(4) «La Zereceda es buen monte de oso en verano. Et son las vocerías, la una desde Majada del Pino por cima de la cumbre de la sierra, fasta la Cabeza del Yelmo, et dende fasta la

5. Un risco, aun no identificado, en la Sierra de Galín Gómez, en tierra de Avila (1).

El andaluz es:

6. El Yelmo de Segura (1.807 metros), en la provincia de Jaén (2).

Tan sólo éste ha conservado hasta la actualidad su nombre. En los demás, el viejo nombre, sujeto también a la erosión, como las rocas cimbras, se perdió con la desaparición de los yelmos sobre las cabezas de los hombres de armas. Pero en el caso de la Peña del Diezmo y del Pico de la Miel (una peña del Diezmo a medio tamaño), quedó, como corrupción, la forma equívoca de «yermo», que ha estado a punto de desviar la interpretación justa por parte de los que, fiándose enteramente a un criterio gramatical o prosódico, sin contrastarle con el de la Geografía histórica, creen que «yelmo» es sencillamente una corrupción de «yermo», por la conversión de la *r* en *l*, fácil en nuestro idioma. Coello señalaba con el nombre de «Peña del Yermo», la

Garganta del Puerco, et dende al Pinarejo, que llega al río de Corneja. Et la otra de la otra parte por cima de la cumbre por los Cervunales fasta el Boquerón de Serrota...» (Ob. cit., capítulo IX, lib. III.)

(1) «La Garganta de Galin Gomez es buen monte de oso en verano. Et son las vocerías... et la otra por el cerro de Bernaldo fasta Cabeza del Yelmo.» (Ob. cit., íd.)

(2) «En la Sierra de Segura hay estos montes: El Yelmo es buen monte de oso, et de puerco en invierno et en verano. Et son las vocerías... Et la otra desde la Garganta del Yelmo... Et son las armadas en el campillo del Yelmo.» (Ob. cit., capítulo XXVII, lib. III, De los montes de tierra de Alcaraz.)

Peña del Diezmo, en su mapa de la provincia de Madrid, para ilustrar el Diccionario geográfico de Madoz; y en la Sierra de la Cabrera se llama todavía «Callejón del Soyermo», esto es, debidamente rectificado, «Callejón de So el Yelmo», de por bajo del Yelmo, al que se forma entre la pared vertical del Pico de la Miel y el reborde que le precede (1). Pero estos yelmos no son, en verdad, yermos. Aparte de que el libro del rey montero escribe «yermo» donde quiere expresar esta idea (2), no son estériles canchales, sino lugares de jugosos pastos para los ganados.

Posterior al libro de Montería del rey Alfonso, aunque tan sólo en poco más de medio siglo, hay todavía un texto clásico en que sigue dándose el nombre de «Yelmo» a la peña cimera de la Pedriza anterior. Este texto es la cuarta se-

(1) R. GONZÁLEZ: «La Sierra de la Cabrera» (en la revista *Peñalara*, núm. 2, Noviembre 1913).

(2) He aquí, por ejemplo, dos textos: «Río Puerco de Monte Rubio es buen monte de oso, et de puerco en verano, et algunas veces en invierno... Et es el armada a la Llana de San Pedro del Yermo.» Esto, en el cap. III del lib. III, describiendo los montes de tierra de Burgos y de San Millán de la Cogolla. Y en la carta jocosa a Albar García con que finaliza el libro, estas otras palabras: «Et a este punto respondemos, que Nos pesa, por quanto eras montero, et entendimos la penitencia que pasaste, et place Nos et ende bien porque es vivo, et quiera Dios que sean tales las fferidas porque non haya de morir en su cabal muerte sopitaña, en algún yermo apartado por dó él suele andar sin oir voces de ángeles terrenales. Amén.»

rranilla del marqués de Santillana (1398-1458), famoso poeta de la corte de don Juan II:

Por todos estos pinares
nin en Navalagamella
non vi serrana mas bella
que Menga de Manzanares.

Descendiendol *Yelmo* ayuso
contral Bóvalo tirando
en ese valle de suso,
vi serrana estar cantando.

La palabra «yelmo» aparece escrita con minúscula, y, por consiguiente, sin sentido, en la antología de líricos españoles de Menéndez Pelayo, cuyo caudal de erudición no llegó a conseguir su interpretación justa. Realmente, parece natural y legítimo que el nombre del hermoso risco nos sea transmitido por el primer señor del condado del Real de Manzanares, de cuyo escudo heráldico podría ser el sin rival yelmo decorativo.

La serranilla nos conserva una antigua instantánea simplicísima. El buen don Iñigo descendía del Yelmo, para su placer, por el Hueco de las Hoces, y, cruzado el río, dejando el Puerto de Quebrantaherraduras a la izquierda, marchaba hacia el Bóvalo (la aldea que hoy llamamos «El Boalo», y que forma, con las de Matalpino y Cerceda, un solo Municipio) (1), buscan-

(1) «Bóvalo» puede proceder de Boval, nombre propio que se usó en la Edad Media, v. gr.: San Boval, parroquia de León

do el paso desde el valle de Manzanares al de Samburiel, cortado por la larga cuerda que proyecta al Sudeste la Maliciosa, por el collado, algo más alto, intermedio entre Quebrantahe-
rraduras y Valdehalcones. En este camino, ya a la caída hacia El Boalo, se halla el curioso Canto de los Cedazos, desde el cual, tal vez, curioseando la extraña formación de los huecos que le dan nombre, el buen don Iñigo sorprendiera a la hermosa serrana cantando en el valle, aumentada la amplitud del grave paisaje por el efecto de su figurilla solitaria.

A juzgar por los textos escritos, el nombre de Yelmo es anterior al de Peña del Diezmo, que ha sobrevivido. Durante algún tiempo, ambos

en el siglo XII, citada en las notas a los *Fueros leoneses* (León, Zamora, Salamanca y Alba de Tormes) publicados por A. Castro y F. Onís (Madrid, 1916). Matalpino es corrupción de Mata el Espino, pues así se nombra en una (la tercera) de las serranillas del Marqués de Santillana:

Allá en la vegüela
a Mata'l Espino
en ese camino
que va a Lozoyuela.

Por cierto, que en las notas de esta serranilla, puestas por Bonilla San Martín en su *Antología de poetas de los siglos XIII al XV*, no se identifica al Mata'l Espino del Marqués, con el Matalpino actual, y, al situar a Lozoyuela, se la describe «en un llano dominado al Sur y al Oeste por una sierra llamada Río de la Miel»; esto es, el Pico de la Miel, en términos exactos. Una sierra que se llame «río», es de por sí harto sorprendente. En cuanto a Cerceda, probablemente, como Cercedilla, su diminutivo, y como Navacerrada, quiere decir «la cercada».

han debido coexistir paralelamente. Uno, el Yelmo, con sentido morfológico, de forma; otro, Peña del Diezmo, con sentido geográfico, de localización, señalando, con toda exactitud, desde los puntos extremos, el lugar donde se pagaban los tributos señoriales del condado del Real de Manzanares.

Hoy vuelven a estar juntos, desde 1916, en que tuve la fortuna del hallazgo del bello, fuerte y justo nombre de Yelmo. La Agrupación «Peñalara» le inscribió en el mismo año en el buzón que hizo colocar sobre su cimera para recoger los nombres de quienes llegaran hasta ella.

b)

EL PINGANILLO

Según el Diccionario de la Academia, «Pinganello» equivale a «Calamoco» y «Calamoco» a «Canelón», en el sentido de «Carámbano largo y puntiagudo que cuelga de las canales cuando se hiela el agua de lluvia o se derrite la nieve»; esto es, un alto y estrecho cilindro liso rematado por una superficie curva que tiende a la forma esférica, deformada en su término por la tendencia de la última gota a caer, que la congelación fija y detiene.

Con esta gráfica palabra, ha querido expresarse, invirtiendo el carámbano, con la punta al

cielo, de una sola vez, casi todo lo que queda dicho a propósito del relieve propio del granito de la Pedriza: la verticalidad, el pulimento, el remate cupuliforme alargado. Para agotar las cosas, sólo faltaría el tipo de fractura. Pero éste es ya distinto. El carámbano, si se rompe superficialmente en su cara curva, no muestra la estructura de bulbo de cebolla que aparece en la cara sur del Yelmo, en el Pájaro, en la Herrada, en el macizo de la Majada de Quila.

El libro de Alfonso XI escribe la forma «Pinguaniello», convertida hoy en el país, no en «Pinganello», como cataloga el Diccionario de la Academia, sino en «Pinganillo». Pero los Pinguaniellos señalados por el Rey, describiendo la vocería, esto es, el ojeo del oso sobre la Cuerda Larga del Guadarrama, están, en realidad, fuera de la Pedriza, en la misma divisoria, visible desde el fondo del Valle de Lozoya, en el Monasterio del Paular, donde se les sigue designando con este nombre. En la Pedriza, los cabreros señalan actualmente como Pinganillo el alto risco a la entrada del Circo, sobre la orilla izquierda del Arroyo de la Majadilla, en lo alto del cual se posa el Pájaro, más bien una paloma, fingido por una diaclasa bastante avanzada.

La Maliciosa reproduce alguna vez la forma del Pinganillo, en el macizo de las Buitreras, según una fotografía que me comunicó Antonio Victory.

Pero es más interesante hallar la misma palabra aplicada a las formas del relieve submarino. Así, llámase el «Pinganillo» uno de los bajos de la Bahía de Cádiz, a 188° del Faro de San Sebastián, y 0,4 millas, con 5,5 metros de agua (1).

Con una leve variante, convertida en «Pinganito», la palabra «Pinganillo» se ha usado para expresar la idea de elevación. En el *Quijote* hallamos estas palabras de Sancho: «... que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que las que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo» (2).

c)

LA SILLA

La Silla, que el libro de las Monterías escribe «Siella», es la depresión divisoria entre la Pedriza anterior y la posterior, hoy llamada, por corrupción, Collado de la Dehesilla.

Todavía en tiempo de Prado, hacia 1860, el nombre se conservaba en su forma pura. Unos cincuenta años después, en 1908, fecha de nuestra primera expedición, con Juan A. Meliá, a la Pedriza de Manzanares, nadie le reconocía, re-

(1) *Gaceta de Madrid* de 13 de Noviembre de 1919, Sección de Hidrografía, Aviso a los navegantes, pág. 635.

(2) Parte 1.^a, capítulo XXIV.

emplazado enteramente por el giro «Collado de la Dehesilla», como el Yelmo estuvo a punto de ser reemplazado por el Yermo. Nada de peores consecuencias en esta materia, que las falsas apariencias.

«Silla», orográficamente, equivale a depresión, por analogía con la silla de montar. Así, en el Guadarrama también, la «Sillada de Garcisancho», entre el macizo de la Peñalara y el de Cabeza Mediana.

En este sentido, nada tiene de común con la misma palabra, «silla», en la acepción de asiento, que, ligada a recuerdos históricos, encontramos dos veces en nuestro Guadarrama: la Silla de Felipe II, al Sudoeste de El Escorial, próxima a la senda del Collado de Entrecabezas, que cruza entre las dos Machotas, para llegar a Zarzalejo; la Silla del Rey (don Francisco de Asís), entre San Ildefonso y la Peñalara.

d)

COLLADO CABRÓN

Es éste el nombre único, tal vez, que ha conservado intacto, hasta hoy, la inclinación maliciosa de los pastores, huéspedes ordinarios de la Pedriza.

El Collado del Cabrón alude, sin duda, a algún olvidado lance de caza de las cabras monte-

ses que, por la época del Rey Alfonso XI, debían aún conservarse en el Guadarrama. El libro de las Monterías no recuerda este lance, dedicado exclusivamente al oso y al jabalí.

Este Collado es el que se forma sobre el Llano Peluca, al término de la rama occidental del Circo de la Pedriza posterior, comunicando el valle bajo del Arroyo Cuervo, próximo ya a unirse con Manzanares, con la confluencia de los Arroyos de la Majadilla y la Dehesilla. Su altitud es de 1.302 metros sobre el mar, deprimiéndose entre elevaciones de 1.601 y 1.345. La denudación de la ladera oriental se marca casi desde la base oriental hasta el collado mismo, como un sendero. Al Sudoeste de la depresión se levanta el pintoresco grupo de riscos de la Majada alta, o de Peña Horcajo (1.345 metros).

e)

EL ARROYO DEL CUERVO

Sigue llamándose así hasta el día, y es, como ya queda dicho, el curso rápido de aguas espumantes que se precipitan entre la vertiente meridional de la Cuerda Larga y la septentrional de la rama Oeste del Circo de la Pedriza.

f)

LA MALICIOSA

—«Dí, papá: ¿la Maliciosa es una mujer muy mala?»

ENRIQUE DE LA VEGA: *El niño preguntón*.

El nombre de la mayor de las cumbres graníticas del Guadarrama está formado ya en pleno siglo XIV.

«Nada de suave ironía, nada de irónica gracia femenina—hemos dicho, caracterizándola, en otro lugar (1)—se descubre mirando a esta Maliciosa frente a frente. El nombre que lleva, dicenle los pastores en una acepción que conviene mejor a su género de belleza. Como *La Maladeta* en el Pirineo, la Maliciosa es en el Guadarrama, la maldecida; tierra de las más maltratadas de la Sierra, donde la roca, siempre desolada y desnuda, que el tiempo afila y desgasta de continuo, muere en su belleza, cada vez más honda.»

Zabala ha descubierto, repasando una colección de fueros viejos (2), cierto curioso pasaje

(1) *Guía alpina del Guadarrama*, página 47. Añadiré ahora, después de haber visto los Alpes, que en nuestros Alpes madrileños, la Maliciosa es nuestra Jungfrau, así como Hierro el menor recuerda a Mont Blanc; Peñalara, al Monte Rosa, y el San Benito al Finsteraarhorn.

(2) *Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares*, publicados por Galo Sánchez (Madrid, 1919), capítulo X, párrafo 104.

que no sólo documenta el sentido original del nombre de la Maliciosa, sino que acredita y autoriza también el término «montañero», que veníamos considerando como un neologismo expresivo creado para reemplazar la conceptualización, algo exótica para nuestro país, de «alpinista» (1). Dice así este texto: «Los *montanneros* guarden los montes términos y no otro ninguno, y anden dos en uno o más, y de caballos y no a pie; pero si el lugar donde anduvieren fuese *malicioso porque los caballos no pudiesen entrar o andar*, que los dejen en el pueblo más cercano».

En este sentido, la Maliciosa es el cerro donde no se puede cabalgar. Pero creemos que el sentido de la palabra adquiere frente a este bravo cerro un significado de expresión enteramente psicológica. Tres veces inspiradora de asesinatos, que sepamos (Pablo Santos, el famoso bandido, en la Peña del Mediodía; el pastor «el Mirlo», en el Collaño de Valdehalcones, como veremos, y otro pastor anónimo bajo la Peña de la Barranca), la Maliciosa, áspera y negra, se transforma, en ocasiones decisivas, en la perversa.

(1) Recuérdese, sin embargo, que la radical céltica «alpe» se encuentra en el nombre de nuestra «Alpujarra», combinada con la desinencia arabizada del latín «sierra», como cadena de montañas, según enseña Saavedra, en sus notas a la geografía del Edrisí.

Con todo lo cual, la amamos, sin embargo, repitiendo ante ella los versos del autor de «Las flores del mal»:

Te adoro como se adora la bóveda nocturna
¡Oh bella extraviada! ¡Oh negra taciturna!...

g)

LAS GUADARRAMILLAS

Su nombre, escrito siempre «Guadarramicillas», es también de los ya fijados hace siglos.

Origen de cuatro ríos — Valsain, al Norte; Lozoya, al Nordeste; Manzanares, al Sur; Guadarrama, al Oeste—, el macizo lleva el nombre de los dos ríos de las arenas — «*uad r' mel*» —, gemelos de la vertiente Sur, que nacen en sus altas cumbres: uno, el que todavía llamamos hoy así: Guadarrama; otro, «Guadarrama la que va a Madrit», según todavía se decía en el siglo XIV, convertido después en «Manzanares» (1).

h)

EL CABEZO DEL YESCAR

El Cabezo del Yescar es el macizo granítico, al Sur de Manzanares y fuera ya, por consi-

(1) Cfr. *Documentos del Archivo general de la villa de Madrid*, t. I (Madrid, 1888). Hay dos textos: uno, de Fernando III fecha 1249; y otro, de Alfonso X, de 1275.

guiente, de los límites de la Pedriza, llamado hoy «Cabezo Illescas», que avanza, al modo de un importante promontorio, sobre el embalse Santillana, en una parcial reminiscencia, procurada por la ingeniería moderna, del paisaje que la región debió ofrecer en el período cretácico, cuando el mar de este nombre se insinuaba, como un estrecho y alto fiord, en el valle actual de Samburiel, que hasta más allá de Cerceda muestra los depósitos sedimentarios correspondientes.

El Cabezo del Yescar, fondo de las perspectivas al Sur de la Pedriza anterior, como la Maliciosa, Hierro y la Najarra de las del interior de ambas Pedrizas, se eleva hasta 1.130 metros sobre el mar; unos 230 metros, por consiguiente, sobre el río. La senda vieja de Manzanares el Real a Colmenar Viejo le atraviesa por un collado, a 905 metros de altitud. Desde la cumbre se divisa una amplia perspectiva, sobre todo por el Este y por el Mediodía, llegando hasta las mesetas de la Alcarria y los montes de Toledo, respectivamente.

2)

LOS NOMBRES SIN HISTORIA

Los nombres sin historia son, acaso, tan viejos como los que acabamos de señalar, y proceden también de los pastores, pero carecen de la

doble fijeza de aquéllos; es decir, de su exacta localización y de la recta fonética y ortografía que declaran su exacto sentido. No raras veces hallamos un solo nombre aplicado a lugares distintos; o lo que es más frecuente, un solo lugar designado con dos o más nombres, entre los cuales no sabemos por cuál decidirnos. Así, por ejemplo, los hermosos Canchos del Callejón de Abeja, llamados también «Canchos del Colmenar» y «Picos de la Miel», con curiosa insistencia alrededor de un mismo grupo de ideas. O bien ignoramos el verdadero contenido mental de algunos nombres, incluso de los más fijos, que quedan en este caso sin sentido. Si el poderoso Cancho Centeno, de la Pedriza posterior, verbigracia, alude a las espigas de este rudo cereal que fructifican en estado silvestre a semejante altura en su espléndida orientación al abrigado Mediodía, y del que los viejos pastores hacían antaño pan sabroso (1), ¿con qué se relaciona el interesante Cancho de la Herrada, uno de los más típicos de la Pedriza entera?

A aumentar la confusión de la toponimia contribuyen los grupos de excursionistas, creando nomenclaturas especiales, casi siempre de carácter episódico, aun para lugares ya bien defi-

(1) Así lo ha referido el pastor Ambrosio Esteban, de sesenta y cinco años de edad, a nuestro compañero Ricardo G. Laforest (*En los altos de la Pedriza posterior*, en la revista *Peñalara*, núm. 72, Diciembre 1919).

nidos, como en el caso del Cerro de los Hoyos, la mayor de las elevaciones laterales del Circo de la Pedriza posterior, bautizado con el nombre de «Risco del Nevazo» por los señores García Vicente y Marzal, en memoria del que les sorprendió en la cumbre el 9 de Marzo de 1918 (1).

Las Sociedades alpinas madrileñas debieran concertarse para fijar de una vez, mediante una información seria, la nomenclatura del Guadarrama, especialmente en las regiones más frecuentadas, procurando restaurar los antiguos nombres castizos, devolviéndoles, mediante divulgaciones oportunas, el conjunto de sus representaciones pasadas, hoy casi perdidas por completo. Ejemplo de esto tenemos en las proximidades de la Pedriza, la llamada «Loma Pandasco», inmediatamente a Saliente de Cabeza de Hierro Mayor, en que la vieja palabra orográfi-

(1) J. FERNÁNDEZ ZABALA: *En la Pedriza de Manzanares* (en los números 1 y 2—Enero a Junio de 1918—de la revista de alpinismo y viajes *Alpina*, órgano oficial del C. A. E.).

El documento hallado en la cumbre (una tarjeta de visita del doctor Saturnino García Vicente), que poseemos por donación del amigo Zabala, dice así: «Ignoramos cómo le llaman; está nevando. Le bautizamos Risco del Nevazo. 10 Mayo 1918».

La identificación del Risco del Nevazo con el Cerro de los Hoyos, señalado con este nombre en la hoja inédita del Instituto Geográfico y Estadístico, se hace fácilmente, no sólo por la posición, sino también por la altitud, aumentada, sin embargo, hasta 1.950, es decir, 27 metros más, por Zabala. Este añade, por su parte: «En un croquis de la Pedriza confeccionado por Juan A. Meliá, croquis que tengo a la vista, el Risco del Nevazo aparece con el nombre de *Cancho de la Berrocosa*».

ca de origen, al parecer, celta, «pan», tan frecuente en los Picos de Europa, y que llega por el Sur, enrareciéndose cada vez más, hasta la Penibética (en el macizo de Parapanda), se presenta en nuestro Guadarrama tan excepcionalmente, que sólo podría señalarse otra vez en el grupo de Pasapán (¿Parapán, quizá, como en la sierra granadina?), llamado «Mojapán», sin embargo, en el libro de Alfonso XI.

Necesario es reconocer a los pastores el derecho a la imposición de nombres, que, en ocasiones, saben ejercer con palabras felices. El nombre de la Maliciosa, ¿no es, por ejemplo, un hallazgo, una exacta intuición, incluso si se permite la frase, de psicología orográfica? No sólo son los primeros señores de la montaña, sino, además, ¿cómo entendernos con ellos, a quienes tantas veces necesitamos? Ciertamente, el mundo de sus representaciones es hartamente pobre y grosero. La imagen de la bota de envasar vino, asociada, por la perspectiva lejana de su contraluz, con el solitario megalito de la meseta de Prado Pollo, es de una vulgaridad repulsiva para el espíritu del hombre culto que llega al pie de él, asombrado y respetuoso. ¿Debemos borrarle entonces? Creemos que no, venciendo nuestra repugnancia a pronunciarle. La supresión, el *deleatur* completo del alpinista, debe alcanzar tan sólo a los nombres de bárbara coprolalia que, más de dos veces, pudiéramos señalar en nuestra

Sierra. Este es el caso, en la Pedriza anterior, del grupo de altos riscos que se levantan a lo lejos, sorprendentes de difícil relieve, al subir al Yelmo por la trocha más frecuentada del Collado de la Cueva, desviándonos de ésta más arriba y hacia el Este, es decir, a la derecha. Las diaclasas afectan en ellos la típica disposición imbricada que recuerda esta vez la figura de la alcachofa, a que alguna vez he oído compararles.

La iniciativa de nuestros compañeros tiene todavía margen bastante amplio para la designación de detalles del relieve que los pastores han dejado innominados por no interesarles. Debemos desear que, en estos casos, los nombres, prescindiendo de cuanto sea episódico y personal, expresen caracteres objetivos o representaciones sencillas, dignas y fuertes, como toda la naturaleza de la montaña.

V

PAISAJE

... Ils (les monts) ne rapportent rien et ne son pas utiles;
Ils n'ont que leur beauté; je le sais; c'est bien peu;
Mais, moi, je les préfère aux champs gras et fertiles...

T. GAUTIER: *Dans la Sierra* (en la serie *Espagne*,
fechado en «Sierra Nevada, 1840»).

EL paisaje de la Pedriza, nuestra Nanga Parbat, esto es, nuestra «montaña pelada», en el modesto Himalaya de nuestro Guadarrama, corresponde enteramente al género que nuestro maestro, don Francisco Giner, llamaría con una sola palabra «geológico» (1), por ser casi en absoluto un paisaje de pura roca, y que

(1) F. GINER: *Paisaje*. «El suelo, la costra sólida del planeta, como elemento de paisaje, prescindiendo de las corrientes de agua y de la vegetación, ofrece por sí solo datos suficientes para constituir una que podría llamarse «estética geológica». El maestro desarrolla después esta observación, aplicada a la naturaleza de los materiales que forman el terreno, con el ejemplo del contraste—precisamente—«del pintoresco

quizá fuera mejor calificar de «desnudo geológico», en un circunloquio más expresivo e inteligible.

Ciertamente, tan sólo en la alta montaña es posible la completa ausencia de la vegetación en el paisaje, reducido exclusivamente a la roca y entendiendo también por tal, como en Geología se admite, las grandes masas de hielo y neviza, en los glaciares. En la Pedriza, aunque falte en absoluto el pinar y los grandes grupos de árboles de otra especie, queda siempre la pradera, no sólo en el fondo de los valles, sino ocupando en breves extensiones de perenne virginidad, como en la enorme convexidad del Yelmo o en el fondo del Salón del Pájaro, que Zabala quisiera llamar más bien con el nombre de Kindelán, en recuerdo de los hermanos de este nombre, grandes escaladores de las rocas car-

dentellado con que se recortan sobre el azul del cielo las Pedrizas del Manzanares, en la vecina sierra Carpetana, y el suave modelado de los cerros que rodean a Madrid».

El estudio *Paisaje* se publicó por primera vez hace muchos años, antes de la inauguración de la línea férrea de Villalba a Segovia (1.º de Julio de 1888), en la *Ilustración Artística*, de Barcelona. *Azorín* fué el primero en revelar su mérito, y nosotros, personalmente, le somos deudores de su conocimiento. Después, en vida del maestro, se insertó en el primer *Anuario* del C. A. E. (1912), que recolectó las primeras producciones de la novel literatura castellana de montaña.

A la muerte del autor, se reprodujo en la revista *Peñalava* (Marzo de 1915) y en *La Lectura*, del mismo año. Alberto de Segovia ha glosado el estudio del maestro en su artículo *Psicología y estética del paisaje*, publicado en 1918, en la revista *España Forestal*.

petanas (1), los planos lisos más recónditos e inverosímiles de los caos graníticos y las llambrias difíciles. En la primavera, cantuesos y gamones, jaras y brezos decoran los más adustos parajes; y en algunos rincones, caldeados entre la luz directa del sol y el reflejo de los muros sonrosados, los jarales singularmente muestran una deslumbradora belleza, sólo comparable a las constelaciones inmortales en las noches serenas. Estrellas blancas, ellas también, aunque efímeras, delicadísimas, dejando caer en torno los pétalos albos o decorados con una breve mancha de dorado rosa, las flores de la jara sobre el verde sudoroso de las matas nos parecen tan maravillosas y adorables como los astros. Llenan nuestros sentidos y nuestra alma de belleza espumosa y rebosante, año tras año, algunos felices momentos, cuando el estío triunfa sobre la tierra y saca la encantada vida vegetal de los yermos nevados del invierno.

Mas ante las enormes extensiones verticales y horizontales del granito, tendido como un mar tempestuoso petrificado, la sensación de la roca anula hasta tal punto la reducida vegetación, a poco que se gane en altura, que el recuerdo imborrable, la imagen que para siempre queda de la Pedriza, cuando volvemos nuestros ojos a la

(1) José F. ZABALA: *Para la historia de la Pedriza (La noche triste y el Risco del Pájaro)*, en la revista *Peñalara* (Septiembre de 1916).

cinta de vistas que guardamos en nuestra alma, es la de una extensión desnuda de la carne sonrosada de la tierra, en actitud fría y dura, casta, desprovista del olor sensual de que las esencias de la vegetación saturan e impregnan las zonas medias e inferiores de otras montañas.

Pero si el desnudo humano es eterno estéticamente, el desnudo de la tierra, la belleza de las rocas flacas y áridas, sólo ha empezado a ser gustada por los hombres desde tiempos muy recientes.

En la reseña descriptiva de España que el padre Juan de Mariana pone en uno de los primeros capítulos de su *Historia*, hallamos este pasaje que documenta el estado de ánimo de nuestros antepasados en cuanto a la apreciación de la belleza de las montañas: «En gran parte de España se ven lugares y montes pelados, secos y sin frutos, peñascos escabrosos y riscos, lo que es alguna fealdad» (1).

Y todavía, cien años después, se sigue pensando de igual modo. Véase cómo se expresa, tratando precisamente de las sierras centrales, un hombre culto de la época, el presbítero don Jacinto Bejarano, descubierto por *Azorín* (2),

(1) P. MARIANA: *Historia de España*, (libro I, capítulo I).

(2) AZORÍN: *Un pueblecito (Riofrío de Avila)* (Madrid, 1916); página 126. Sin embargo, sería injusto preterir que está contado un español, el andaluz Pedro Tafur, entre los raros viajeros medievales que mostraron algún interés por las monta-

describiendo un lugar de tierra de Avila: «El valle Amblés abraza el Poniente y Norte. Las montañas tendrán de elevación unos mil pasos geométricos. Como alguna estrella, por jugar, no se ponga vertical, carecemos de su vista: mal sitio éste para componer calendarios. Como los Caldeos hubiesen vivido aquí, harto fuese que descubriesen el año magno. Las sierras que nos circundan son ramos o brazos de la gran sierra que, desde Portugal, por Viseo, se entra en la Extremadura, y viene dividiendo esta provincia de las dos Castillas, ya con el nombre de Sierragata, ya con el de Peña de Francia, con el de Béjar, Gredos, Puerto del Pico y Palomeira, que así se llama por aquí. En esta parte son en sumo grado frías; lo más del año están cubiertas de nieve, y de este modo se hacen respetables por sus canas. *Sus cumbres y cordilleras manifiestan un semblante horrible, imagen de la desolación.* ¡Vea vuestra merced qué bello punto de vista!»

Y, sin embargo, por los años en que este autor escribe (1791 es la fecha exacta de su libro), ya se había iniciado, en torno al Monte Blanco,

ñas, al referir su travesía de los Alpes por el San Gotardo. Así lo hace John Grand Carteret, en su magnífica obra *La Montagne à travers les ages*. También se podría recordar a Rodrigo Carvajal, que en el siglo xvii describió el Torcal de Antequera, macizo de la Penibética que recuerda no poco a la Pedriza. Cfr. E. Alfonso: *Una visita al Torcal de Antequera* (Peñalara, núm. 106, Octubre 1922.)

la revelación de la belleza de la alta montaña que llega hasta nosotros, finisterre de Europa, más de un cuarto de siglo después: ¡tan lento es el caminar de estas vibraciones que modifican los estados del alma colectiva! En testimonio, sin embargo, de que éstas, contra toda selección aristocrática, alcanzan aún a las clases sociales inferiores e incultas, queremos aquí—¡loor a él!—conservar, ya que no el nombre, el recuerdo del barbero a quien Borrow, *D. Jorgito, el inglés*, escuchó, en su memorable viaje por España (1), las apasionadas palabras por nuestra magnífica Cordillera central, que consideramos como el primer documento conocido de alpinismo castellano (2):

«—¿Qué montañas son ésas?—pregunté a un barbero-sangrador que, montado en una burra del mismo pelo que la mía, emparejó conmigo a eso del mediodía y me acompañó unas cuantas leguas.

—Se llaman de diverso modo, caballero—res-

(1) *La Biblia en España*, capítulo XI (traducción castellana de Manuel Azaña, páginas 231 y siguientes).

(2) La fecha de este documento podría ponerse en los primeros días de Enero de 1836; pues aun cuando Borrow, al comenzar el capítulo XII, siguiente, declara que llegó a Madrid «en los comienzos de Febrero de 1837», hay en las páginas de este mismo capítulo cierta referencia a un suceso, que permite adivinar un error de algo más de un año en la fecha. En efecto, en la página 254 refiere el autor la ejecución de dos hermanos, a que asistió a los pocos días de su llegada a Madrid; los cuales no pudieron ser otros que Cándido y Alejandro Domínguez, agarrotados el 27 de Enero de 1836, según la relación de

pondió el barbero—, según los nombres de los lugares inmediatos. Aquéllas de allá lejos son la Serranía de Plasencia; las que hay frente a Madrid son las montañas de Guadarrama, por un río de este nombre que en ellas nace. La cordillera es muy grande, caballero, y separa los dos reinos; del lado de allá está Castilla la Vieja. Son magníficas estas montañas, y aunque nos mandan muchísimo frío, a mí me agrada contemplarlas, cosa que no es de extrañar, pues he nacido en ellas, aunque ahora, por mis pecados, vivo en un pueblo del llano. No hay en toda España cordillera como ésta, caballero; tiene sus secretos, sus misterios. Muchas cosas singulares se cuentan de esas montañas y de lo que ocultan en sus profundos escondrijos, porque ha de saber usted que la cordillera es muy ancha y se puede andar por ella días y días sin llegar al término. Muchos se han perdido en ella y no ha vuelto a saberse nada de su paradero. Entre otras rarezas, cuentan que en ciertos si-

reos de muerte asistidos por los Hermanos de la Paz y la Caridad, desde la fundación de esta Cofradía, que se conserva en la capilla de los mismos de la Prisión Celular de Madrid.— Medio año anterior a este documento es la excursión a la Laguna de Gredos, de don Gregorio Aznar, de Oropesa, y sus compañeros, referida en el curioso opúsculo *Viaje a la Sierra y Laguna de Gredos por su polo austral*, de que dimos cuenta en la revista *Peñalara* (núm. 5, Febrero 1914). Pero la admiración del barbero sangrador a sus montañas, sobre ser más sincera, es más arraigada y tan antigua como su vida, dándole aquí nosotros, por consiguiente, la primacía.

tios hay profundas lagunas habitadas por monstruos, tales como serpientes corpulentas, más largas que un pino, y caballos de agua que a veces salen de allí y cometen mil estropicios... A mí me enorgullecen esas montañas, caballero; si yo fuera hombre independiente, sin mujer y sin hijos, compraría una burra como la de usted, excelente por lo que veo, y mucho mejor que la mía, y me iría a recorrer esas montañas hasta descubrir todos sus misterios y haber visto todas las maravillas que contienen.»

De suerte—dejando esta digresión—que si hasta el propio desnudo humano en grandes masas confusas desagrada alguna vez, como a Mefistófeles en la clásica noche de Walpurgis, el desnudo de las rocas sombrías o amenazadoras no es todavía para gustado por todos, constituyendo un género de belleza difícil de estimar y de aprendizaje bastante largo. La Pedriza de Manzanares no impone a todos su belleza por primera vez, como, en nuestro Guadarrama, la parte más regiamente vestida con el espeso aterciopelado de los pinares, ondulando en grandes pliegues, como mantos suntuosos, hasta lo profundo de los valles: la vista, verbigracia, del Puerto de Navacerrada por el Norte, con Valsaín y el macizo de las Dos Hermanas y la Peñalara. En la frente y en los labios de muchos que hacían a los riscos de la Pedriza su primera visita, atraídos por los panegíricos oídos, se des-

cubre un cierto signo de desconcierto e interrogación, que sólo los muy sinceros se atreven a borrar, substituyéndole por francas palabras. Para éstos, sólo se salva la Pedriza, por lo que tiene de pintoresca, en sus aspectos más insignificantes; sobre todo, las formas caprichosas de las piedras, recordando las evocaciones más vulgares, incluso de artículos de cocina.

Precisa poseer una cultura muy avanzada en el paisaje o tener, sin ella, por naturaleza, un espíritu de gran afinidad con la montaña, para entender y gustar los paisajes de alta montaña desnuda y desolada, seca en su tristeza, hasta sin agua corriente que pueda recordar su estéril llanto. Aun en estas condiciones, en el caso primero, el refinado amator de toda la Naturaleza, en cualquiera de sus manifestaciones, alternará la contemplación de la Pedriza con otros distintos motivos de estética geológica: bosques oscuros, claras playas, ríos sinuosos, reverberantes a la hora del crepúsculo. Sólo el verdadero montañés volverá a aquélla sin cansancio, rebuscando en su entraña complicada la repetición del mismo tema inagotable.

En los diez años escasos que viene siendo frecuentada, la Pedriza ha realizado la selección entre nosotros del único tipo de verdadero alpinista posible en nuestras sierras españolas. De todas las clasificaciones de los alpinistas, dice-

nos Mosso (1) que la más generalizada y exacta es la que los divide sólo en dos grupos, a saber: «glaciaristas» y «roquistas», según sus preferencias. El glaciarista no se puede dar del Pirineo para abajo sino merced a una selección artificial sumamente rara. Recordemos la confesión de Zabala, el más completo de nuestros guadarramistas, describiendo sus impresiones en la brecha de la Meije, de los Alpes del Delfinado (2). Mientras en el país de la Pedriza y los Galayos—una Pedriza ampliada a un quinto, por el predominio de las diaclasas verticales sobre las transversas, al revés que en el Guadarrama (3), pero sin tan acabado pulimento—, roquistas son todos los «montañeros», neologismo que ha sido preciso crear entre nosotros desde que el alpinismo comenzó a confundirse, vulgarmente, con el deportismo de la nieve, que llamaríamos, con una sola palabra, «snovismo» (entiéndase bien, con *v* y no con *b*, para evitar reticencias molestas).

(1) A. Mosso: *Fisiologia dell'uomo sull'Alpi*.

(2) JOSÉ F. ZABALA: *Andanzas de un peñalavo: En el Pirineo* (en la revista *Peñalava*, Octubre 1917): «En mi ascensión a la brecha de la Meije, realizada en la pasada Semana Santa, quedé convencido de que no soy alpinista de glaciar; allí este *peñalavo* sintió el escalofrío del miedo como nunca lo había padecido en su vida.»

(3) Esta observación procede de Obermaier y Carandell, que la han notado, con mucha exactitud, en su estudio sobre el glaciarismo en la Sierra de Gredos, a que los Galayos pertenecen (número 14 de la serie geológica de publicaciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales).

Snovistas y alpinistas no tienen de común sino la necesidad que les obliga a vivir juntos, como malos vecinos. En realidad, el snovista es un mundano, a quien la montaña no interesa por sí misma, y que, consiguientemente, carece de las afinidades electivas que impulsan hacia ella. Sobre una pista artificial, con un fondo de telones pintados y entre una atmósfera de tocador, es decir, en el Palacio del Hielo, seguiría practicando sus ejercicios, con tal de moverse en una vida social, alegre y confiada, con la exótica indumentaria y atavíos recomendados en los catálogos de objetos de *sport* más exigentes. ¡Cuán distinto exterior e interiormente del verdadero montañero, que recorre las sierras en parajes o pequeños grupos silenciosos, vestidos de tonos oscuros, tendiendo a confundirse, por lo menos de lejos, con las gentes del país, de cuyo trato sabe siempre extraer provechosas enseñanzas, enamorado apasionadamente—en la variedad activa—de las escaladas emocionantes sobre las peñas vivas, o—en la variedad contemplativa—incansable gustador y rebuscador de todas las producciones de la montaña, desde los duros cristales de las rocas a las coplas aladas, intangibles, que lanza a la clara luz del espacio sereno la voz delgada y lejana de la pastora cantando en el valle, como la que el buen don Iñigo, nuestro primer roquista de la Pedriza, escuchó cuando descen-

día al Boalo desde las alturas del gran Yelmo carpetano!

La Pedriza, pues, está desnuda, mostrando sus carnes sonrosadas. Pero ¿en qué actitud? ¿Qué expresión nos revela, en su estado que llamaríamos «muscular», falta, como está, de cara?

Cuando desde la cimera del Yelmo o desde la Vistilla que avanza hacia el Norte ante éste, consideramos verticalmente toda la descarnada masa de la Pedriza tendida entre Hierro y la Najarra en una crispación sobrehumana, la contestación a esta pregunta la da el significativo contraste con que se presenta el cuerpo granítico de esta última en relación con el levantamiento de gneis glandular, mucho más poderoso, que culmina en las dos cúpulas gemelas de las Cabezas de Hierro.

Si éstas representan y expresan la fuerza poderosa en reposo, ya llegadas en la evolución de su modelado a un estado de relativa fijeza, análogo al que los geógrafos llaman en los ríos «perfil de equilibrio», aquélla, en cambio—la Pedriza—expresa y representa la fuerza en estado de actividad; es decir, en una sola palabra: el movimiento. Un movimiento todavía en estado de contracción muscular reprimida, contenida, allí donde, bajo la labor de la erosión, la roca, en su composición y estructura íntima, cede, tendiéndose en corvos lamiare pulidos;

pero exaltado en plena descarga impulsiva donde, por el contrario, dominan las altas agujas retorcidas, los riscos verticales aserrados a lo largo profundamente. En ocasiones, estas dos formas distintas se encuentran próximas, inmediatas. Así, en el grupo de los Canchos del Callejón de Abeja, que se forma transversalmente a la cuerda de los Pinganillos, puede seguirse, paso a paso, el proceso de formación, en sus tres fases principales, de las agujas graníticas, por desmoronamiento de las porciones menos resistentes de la roca, que yacen en el suelo, en menudos escombros. El Cancho del Ventanillo, siguiendo la nomenclatura de los hermanos Kindelán, o, de otro modo, el más a Nordeste, relativamente bien conservado, afecta todavía la forma maciza cupular, originaria. Por el contrario, el Risco de la Nieve, que le sigue inmediatamente, en plena descomposición, se deshace en agujas, algunas ya muy acentuadas. Y todavía más al Sudoeste de él, un tercer risco innominado se halla en un estado intermedio, comenzando a aserrarle las ligeras entalladuras que se inician en la cumbre. En general, sin embargo, puede decirse que la forma del movimiento todavía reprimido, del estado de contracción muscular, se observa especialmente en la Pedriza anterior; en la posterior, la forma del movimiento impulsivo en plena descarga.

Todo lo que, material, sensualmente, tiene la

roca de dura y fría, de áspera e insensible, en el conjunto de sensaciones que nos da el contacto, se transforma, en todo caso, en un complejo de representaciones y valores psíquicos que componen la imponente expresión de la montaña.

Ella no tiene cara; le faltan los ojos y la boca, principales centros expresivos del espíritu; pero los paisajes suyos se hallan «llenos de alma», según el tropo de Regoyos, «viajero errante al Creador», «pintor de los ojos limpios», que como el sol, «trasponía todos los horizontes». Si un escultor tallara un busto de mujer traduciendo a su frente, a su mirada y a sus labios el alma dura y fría, áspera e insensible, que todos leemos en la amorfa desnudez de la Pedriza, seguramente la hallaríamos repulsiva. Pero la montaña no es la mujer; y lo que en ésta nos repele, nos atrae en aquélla: primero, porque es su íntima y profunda naturaleza; después, por su impasibilidad y su grandeza.

Alcántara ha dicho, a este propósito, con toda exactitud:

«La esterilidad de la Pedriza, la estructura de las moles rocosas que la constituyen, con el imponente despliegue de las masas en caprichoso y aterrador arabesco desde todos sus puntos de vista, hacen de esta región, con poco sensible a lo fantástico que sea el que la visite, una especie de lugar disciplinario del

espíritu, en el que se fortalecen las energías del pensamiento» (1).

Con frecuencia, los celajes nublados y brumosos, sacándola del adusto sosiego resplandeciente, adormecido, en que suele mostrarse a pleno sol, al mediodía, simulan pensamientos enigmáticos que pasan por las rocas, haciendo su expresión más interesante. Sin llegar nunca a la heroica melancolía del Pirineo romancesco, la sierra carpetana se pone entonces pensativa y hasta una vez, una vez tan sola, en muchos años, la hemos visto como una doncella, sonrojarse. Fué el 5 de Diciembre de 1915, saliendo el sol, por primera vez, ya bastante entrada la mañana, del espeso mar de nieblas que anegaba el valle medio de Manzanares. Repentinamente, como obedeciendo a una reacción vaso-motriz emocional que llamara a flor de roca la sangre profunda de las entrañas de la piedra, el enorme muro de la Pedriza anterior se tornó, todo él, de un maravilloso rubor encendido que en vano intentó fijar, siquiera fuese mediante la fotografía ordinaria, la habilidad extremada de Antonio Victory, nuestro compañero. El espectáculo maravilloso de aquel color purísimo de generosa sangre corriendo sobre la superficie de la montaña, duró breves segundos, menos que nuestro estado de suspensión completa.

(1) *El Sol*, de Madrid, de 28 de Abril de 1922.

Nunca más hemos vuelto a ver sonrojada a la Pedriza. Pero desde aquel punto, nuestra opinión se ha modificado profundamente en cuanto a ella, creyéndola, en definitiva, más humana y benigna, más mujer que antes podíamos suponerla.

VI

FIGURAS

1)

LA SOMBRA DE PABLO SANTOS

En redor de la chasca crujiente de retamas, las manos ateridas hundidas en las llamas, escuchamos la parla humilde y sentenciosa del guía, que nos cuenta una historia medrosa de bandidos, recuerdo de los tiempos de mozo, cuando, pastor entonces, levantaba su chozo junto a una corraliza al cobijo del Cancho Centeno, en la Pedriza.

JOSÉ F. ZABALA; *Noche de Enero en el Refugio.*

AL cobijo del Cancho Centeno—bajo el cual, a 1.700 metros de elevación, pero expuesto a pleno Mediodía, antaño se encontró el cereal silvestre—, la historia de bandidos que se oye es todavía la de Pablo Santos, contemporáneo y émulo de Luis Candelas, con el cual dividió el mundo conocido de ambos, sirviéndose de

fronteras naturales: a Luis Candelas, la ciudad y sus campos, hasta donde empiezan las arenas diluviales (1); la Sierra, a él, en la cual vivió y murió, dejando, como memoria de su bárbaro paso, el nombre de una cerca en el camino del Hoyo de Manzanares a Colmenar Viejo: «la cerca de Pablo Santos», de que no goza ya la cuarta generación del bandido, disgregada en los pueblos de las cercanías, Moralzarzal sobre todo.

Esta historia nos transporta a la entraña de la Sierra cien años atrás: al tiempo viejo en que aquélla era para Madrid, a pesar de la brevedad de la distancia, la tierra incógnita, misteriosa, dominio del aire sutil,

«que mata a un hombre
y no apaga un candil.»

temido hasta la exageración entonces (2), y de la nieve helada, cosecha de las nubes altísi-

(1) En los procesos de Candelas, recogidos por Vicente y Caravantes, en su colección de causas célebres, se le ve, en efecto, en robo en despoblado, avanzar, una única vez, hasta Las Matas, al borde de la Sierra. Cfr. nuestro estudio *Luis Candelas*, en el tomo *Figuras delincuentes* (Madrid, 1909). La reciente novela de Pío Baroja, *El sabor de la venganza*, ilustra algún aspecto de las relaciones de Espronceda con el mundo criminal de entonces, y, por lo tanto, con Candelas, con que comenzaba aquel estudio nuestro. La parte de la novela titulada *Adán en el infierno*, es una contribución al conocimiento anecdótico del *Diablo mundo*.

(2) «¿No es sabido que hay cosas que, cual el viento de Guadarrama, son casi un soplo y matan?» Así escribía Fernán Caballero, en *La familia de Alvareda*, todavía mucho después, a mediados del pasado siglo.

mas, recogida para el verano de los voluptuosos de la Corte en el fondo de los ventisqueros de las cumbres: el del Ratón y el del Algodón, primero, en la Cuerda larga, antes de la construcción de la carretera del Puerto de Navacerrada; luego, después, el de Estrada, los del Regajo del Pez y, sobre todo, el de la Condesa, en las fuentes mismas del río Manzanares. Dormidas a la sombra de las montañas, como el poeta bajo los senos de la gigante, en el poema de Baudelaire, las aldeas de la Sierra vivían su pobre vida, siempre estremecidas por el frío, paralizadas en el atraso remotísimo de una civilización, si queremos llamarla así, anterior casi enteramente a la invención de los metales, toda de piedra y de madera, como corresponde a los únicos materiales que el país ofrecía en abundancia. Salvo la reja del venerable arado ibérico, desde el trillo de tabla erizado de guijarros y la carreta con eje de palo y ruedas de seis pinas sobrepuestas con clavos también de madera, hasta el huso y la rueca de que las manos femeniles sacaban el lienzo y la lana protectoras en el interior de los hogares, mientras al exterior la raza entera, sin privilegio de sexo, de edades ni condición, defendía su vida a diario entre la escasez y la intemperie (1).

(1) El eje de hierro y la rueda herrada sólo comenzaron a penetrar en la Sierra, aunque parezca mentira, en la séptima década del siglo XIX, aunque ya hayan reemplazado por com-

Evoquemos ya, pues, esta historia de lobos humanos que, como la de la fiera destructora del ganado, la loba *Saltarina*, de la Pedriza, una de las muchas que conoció el famoso lobo *Francachela* (1), no podría faltar a la Sierra de Manzanares.

pleto al antiguo eje de tronco de álamo y a la rueda de madera también a que aludimos, de los que no quedan restos. Todavía, sin embargo, Alcántara ha llegado a conocer alguna obra excepcional de este género, como, precisamente hacia la región de la Pedriza y hacia el tiempo de Pablo Santos, la carretera, tirada por tres yuntas de bueyes, en que el tío Vicentón, del Hoyo de Manzanares, vino a Madrid a presenciar las bodas de Fernando VII y María Josefa Amalia de Sajonia (Octubre de 1819).

En cuanto al huso, esta nota brinda ocasión para rectificar las explicaciones que dos de los intérpretes del *Quijote*, uno antiguo y otro moderno, Clemencin y Rodríguez Marín, han escrito a propósito de la frase «más derecha que un huso de Guadarrama», empleada por Cervantes en el capítulo cuarto de la primera parte. Clemencin dice que los husos se hacían, en efecto, de madera de haya en la Sierra de Guadarrama, cuando en toda ella no se ha conocido más hayedo que el de Montejo, en la Somosierra, que marca precisamente el límite meridional de esta esencia arbórea. Rodríguez Marín, por su parte, siguiendo la misma interpretación, cita entre los pueblos del Guadarrama donde se construían los husos, El Tiemblo, situado en la vertiente Norte de Gredos. Tal vez sea más acertada la opinión de D. Fermín Caballero, para quien la palabra tiene un sentido figurado, aludiendo sencillamente a un pino (*Pericia geográfica de Miguel de Cervantes*), como si el Ingenioso hidalgo conociera los que, rectos y altos, crecen abrigados del cierzo, en el fondo del acantilado de Siete Picos, el llamado Hoyo Torrecillo, que Prado conceptúa «prodigioso».

(1) Se llamaba Antonio Robledo Palomino, y nació en Miraflores en 1826, habiendo dado caza a 219 lobos. Véase, sobre su vida, el opúsculo del Barón de Ker: *Historia de un cazador de lobos*, extractado por A[lberto] de S[egovia], en la revista *Peñalara* (números 73 y 74, Enero y Febrero de 1920).

¿Podría haber, en verdad, alguna posición mejor que ésta para el bandolerismo?

En la seguridad de la bravía, laberíntica Pedriza, llena de pasillos, de covachos y escondrijos inaccesibles; abundante en ganados que procuraban el sustento de la banda en la huída y la defensa, el Collado de la Dehesilla daba paso, para la agresión, a la carretera de Francia; el de Val de Halcones ponía sobre la de Galicia, a casi igual distancia breve, en ambas direcciones, de los Puertos de Somosierra y de Guadarrama; mientras a sólo ocho leguas desde allí, en la confluencia de ambas vías maestras, principales de España, Madrid era mercado de placer donde verter las monedas logradas fácilmente; este Madrid que apenas clareaba aún en la obscuridad desde los altos vértices de las montañas, como clarea hoy día en las noches oscuras, cuando las estrellas no le anulan, pero que poseía ya la fuerza atractiva que ejerce a su alrededor, sentida por los salteadores como un deseo de orgía desmedido.

Un documento literario de aquel tiempo, la novela *El Atalaya ou une Ambassade à Madrid*, impresa en París, «chez Lacoïnte & Pougin», en 1835, bajo el pseudónimo de don Antonio de la Bigüela, que oculta, tal vez, a un español de nota, nos presenta gran parte de su acción localizada en la Sierra de la Cabrera, entre personajes y episodios de bandolerismo y

conjuras políticas, gratos a la escuela romántica, entonces en su apogeo. A menudo, el autor se complace en descripciones de horizontes montañosos, muy cuidadas y exactas, que le colocan entre los precursores del guadarramismo. Pero los bandidos de nuestra Sierra, lo mismo, en la Pedriza, Pablo Santos, que «el tuerto Pi-rón» bajo los dominios de la Peñalara, o «Malote» en la Paramera, nada han debido tener de románticos ni pintorescos, sino de todas las cualidades contrarias más repulsivas, como productos de un medio físico y social enteramente desgraciado. El gran Ford no se hubiera ido a vivir con ellos, como se fué con los bandidos andaluces, según nos ha referido don Hermenegildo Giner, que dió lecciones de castellano a su hijo, Sir Clare Ford, embajador de Inglaterra en España (1). Todo le hubiera repugnado en estos miserables, desheredados de los dones de generosidad y valentía del bandido legendario de la tierra bética.

La montaña es, en realidad—aunque le amemos tanto—, una mala madrastra para el hombre.

En el museo de las teorías científicas existe una, atribuída a Lull, según la cual, si el mar

(1) H. GINER DE LOS RÍOS: *De mis recuerdos: los Bécquer* (en *El Defensor de Granada*, de 17 de Febrero de 1920). Como es sabido, Ford fué el autor del famoso *Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home*, publicado en 1845.

ha sido origen primero de la vida, en los bajos fondos de alguna perdida playa tranquila, apenas alterada por las mareas, la montaña, a su vez, ha sido la creadora del hombre, con el levantamiento del enorme Himalaya, diafragma que separó dos mundos de condiciones climatológicas bien distintas, con decisivos efectos desde luego, no sólo sobre la vegetación, sino hasta sobre las formas animales. Al Sur de la gigantesca cadena, los simios, arborícolas y frugívoros, pudieron continuar su vida, con el estacionamiento consiguiente de la especie; mientras al Norte, entre la aridez y la disminución de las condiciones tropicales propicias a las selvas, los simios desterrados de su antiguo medio, adaptándose al nuevo para sobrevivir, debieron hacerse omnívoros, erguidos y corredores, esto es, en una sola palabra: hombres.

Por ingeniosa que sea esta teoría y halagadora para los adoradores de la montaña, debemos, con todo, reconocer, al estudiar la Antropología y la Etnografía montañosas, que la especie orgánica alumbrada por los excelsos Himalayas, en un parto prodigioso, bien distinto «del parto de los montes», supuesto por la fábula, no ha prosperado, desarrollándose orgánica, psíquica y socialmente en toda su capacidad riquísima, sino separada de la madre, en los bajos valles lejanos, camino de la mar, siempre atractiva y ahora regeneradora.

Si se exceptúa algún raro carácter superior, como la capacidad torácica, especialmente, la inferioridad del montañés es notoria, sobre todo en cuanto a las condiciones psíquicas y de los sentidos. No sólo con sus perspectivas limitadas, la vista de éste es inferior a la del habitante de las llanuras o de las costas; pues, además, gran silenciosa, la montaña, produce persistentemente sordomudos, como si esta anomalía atípica de la vida dejase de serlo bajo su alcance. En el cuaderno de notas de una excursión por la región de nuestra Sierra en que se anastomasan las grandes alineaciones que la constituyen (Guadarrama, Malagón, Gredos, la Paramera), en Septiembre de 1919, hallamos repetido hasta cinco veces el hallazgo de sordomudos del país. El día 2, dos hermanos del Hoyo de Pinares, leñadores, viviendo incestuosamente desde la pubertad, y procreando hijos que mueren precozmente. El 24, otro sordomudo, idiota, preso en la cárcel de Cebreros por violación cometida—curiosa afinidad electiva—en la persona de otra idiota. El 26, en las casas del Puente del Burguillo, sobre Alberche, nueva sordomuda, pero ésta muy inteligente, que baila con gran dominio, sin duda por la percepción del ritmo mediante vibraciones musculares. El 28, en El Tiemblo, otro sordomudo más... En cuanto a la inferioridad cerebral y, en general, orgánica, bastará recordar los focos de cretinismo y de

bocio endémicos que suelen presentar los países montañosos, y de los cuales son ejemplos, en la Cordillera central, prescindiendo de los concejos de las Jurdes, por si las Sierras de Francia y Gata, dado su distinto material geológico, no se cuentan en la larga sucesión de aquélla, los de los valles altos de Tormes y de Alberche, recientemente estudiados por Goyanes (1), y el de las aldeas de Peguerinos, en la provincia de Avila, entre el Cerro de San Benito y Cuesta Hacinas.

Desde el punto de vista moral, no es menos acusada la inferioridad de las regiones montañosas. El geógrafo Dantín lo ilustra con un ejemplo, tomado precisamente de la porción más oriental de nuestra Cordillera. «Hay en él (en el rincón Noreste de la submeseta meridional)—dice—administrativamente provincia de Guadalajara y parte de Soria, tres claras regiones naturales: la Campiña, la Alcarria, la Sierra. La Campiña es el terreno diluvial, país de llanuras, dominio del cultivo de la vid, de los cereales y de los árboles frutales. La Alcarria es el mioceno lacustre, dominio por excelencia del matorral de leguminosas espinosas y de labiadas leñosas, explicación del número extraordinario de sus colmenares. Ya lo dice un mo-

(1) *Sobre un foco de bocio y cretinismo endémicos en los valles altos del Tormes y del Alberche (provincia de Avila)*, en la revista de Madrid *El Siglo Médico*, 1918.

dismo provincial: «flores y abejas». La Sierra es el dominio de las altas mesetas (1.500 a 1.800 metros de altitud), jurásicas o triásicas, explicación, por su naturaleza, de la pobreza de sus suelos misérrimos, y por su altura, de su aridez, sequía y frialdad. En ella se cultiva el centeno, se vive de la sal (salinas de Tierzo); la vida es dura y miserable; las costumbres rudas, en contraste con la abundancia y placidez de la Alcarria. La Sierra es una mancha feroz; en ella se da la criminalidad máxima española, no tanto por su cantidad cuanto por el carácter y circunstancias de los delitos. La miseria induce al parricidio en todas sus formas (1).

Pero ¿realmente es sólo la miseria la causa del crimen en las montañas?

(1) J. DANTÍN: *Evolución y concepto actual de la Geografía moderna*, en los *Anales de la Junta para ampliación de Estudios e Investigaciones científicas*, t. XV, 1915, Memoria 8.^a, páginas 307-308. La observación última, relativa al parricidio, asume cierta fijeza, como rasgo de observación personal, en los poemas castellanos de Antonio Machado. La leyenda titulada *La tierra de Alvar González*, tiene por tema el parricidio, como si fuera éste el mal pecado del hombre de Duero:

«Capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
esclava de los siete pecados capitales.»

En otra composición, titulada *Un criminal*, de nuevo es el parricidio el motivo:

«El acusado es pálido y lampiño,
arde en sus ojos una fosca lumbre,
que repugna a su máscara de niño
y ademán de piadosa mansedumbre...»

Hace ya cerca de un siglo que Lauvergne, uno de los precursores de la Antropología criminal, habló del «asesino frío», como una especie rara, «originaria de las montañas y los países escondidos». El texto de este antiguo investigador, que recogí desde mis primeros estudios criminológicos (1), como un tema de inquietante curiosidad, expresa eficazmente, sin más explicaciones, la larga acción deshumanizadora, en el sentido de extinguir los sentimientos de simpatía y sociabilidad, ejercida por la faz de la montaña, siempre dura, fría e impasible, sobre aquellos que la tienen necesaria y constantemente por fondo de los paisajes de su vida, sin que puedan vencerla por los recursos de una noble organización interior o de influjos morales exteriores.

La Criminología ha registrado ya el contraste entre la acción lasciva del mar y la obsesión asesina de la montaña; aquél tan amigo de crear como ésta de destruir; Brahma y Siva, respectivamente.

Probablemente, sin embargo, no era de estos «asesinos fríos» o «azules», usando una equivalencia admitida algunas veces, Pablo Santos, el bandido de la Pedriza, según la figura oscilante y borrosa que recomponen en nosotros espon-

(1) *Las nuevas teorías de la criminalidad* (1.^a edición, Madrid, 1898; 2.^a edición castellana, Madrid, 1908; edición inglesa, London & Boston, 1911), cap. I; núm. 2.

táneamente, a veces con extraño acierto, incluso en cuanto al parecido físico, los sucesos que conocemos, algunos más o menos alterados por la tradición, y, por lo mismo, no admisibles, sin más, como definitivos. Lejos de ello, por su sensualidad y su violencia, por su rapacidad y codicia desmedidas, Pablo Santos ha debido ser más bien que el «azul», especie excepcional muy rara, simplemente destructora de la vida y ajena a todo instinto adquisitivo, el homicida «rojo» más vulgar, el «violento» de Garófalo, congestivo y apoplético, ávido de todos los placeres de la carne, megalómano de jactanciosa vanidad hipertrofiada.

Quedan todavía en la Pedriza abundantes recuerdos de sus antiguos señores, los bandidos.

Algunos, inocentes, como el gran cancho señalado por su juego de pelota, por encima de la Cueva del Avemaría y en la dirección de la Garganta.

Otros, francamente criminales.

La Ermita de la Sacra ha debido sufrir algún asalto sonado. Cierta número del *Semanario Pintoresco* del año 1847, inserta un pintoresco grabado que le representa, sin que en el texto del periódico se halle otra mención del suceso, que reaparece, según tenemos entendido, en alguna de las cincuenta voluminosas novelas del novelista popular Enrique Pérez Escrich, a quien sus aficiones cinegéticas llevaron a regis-



trar ésta y todas las partes de la Cordillera. El antiguo posadero de Manzanares el Real, Angel Viñas, recuerda todavía, de memoria, algún fragmento: «¡Atrás!—gritó la guardesa de Peña Sacra, haciendo fuego sobre los bandidos.»

Más dentro de la Garganta, a la orilla izquierda del río, la Peña de los Gangas ostenta tres cruces en memoria de los hermanos de este nombre, asesinados allí por los malhechores.

Aguas arriba aún, avanzando sobre la amplia plaza que se forma en la confluencia del Arroyo de la Majadilla con el río Manzanares, en la rama occidental de la Pedriza posterior, que hemos convenido llamar «de las Milaneras», se levanta, como primera de sus crestas ascendentes, el Cancho de los Muertos (1292 metros), cúpula rubia, toda saltada superficialmente, a la que se refiere la más trágica historia de bandidos, que Ricardo Laforest oyó referir al pastor Ambrosio Esteban, en los siguientes términos:

«Hace ya tiempo, cuando por aquí andaban los «peseteros», ocurrió el caso que voy a contarles:

Uno de ellos, el jefe, robó de Madrid una señorita perteneciente a una familia aristocrática; señorita que fué su compañera durante bastante tiempo.

Un día, por motivo de su profesión (?), hubo de ausentarse yendo a Manzanares con la cua-

drilla; al cuidado de la dama y del cobijo donde pernoctaban dejó a dos de sus secuaces.

La ocasión hace el deseo—dice el refrán—, y ellos, que cuando más, acostumbrarían a tratar con mujerucas de aldea, proyectaron abusar de la encomendada a su custodia.

Al efecto, los dos guardianes comunicáronse sus pensamientos y echaron a la suerte para ver quién sería el afortunado que poseyera el máspreciado tesoro de su capitán.

Cupo a la casualidad designar a uno de ellos, matón y pendenciero, el cual se dirigió al lugar donde, ajena a lo que se proyectaba, encontrábase la que suponían fácil víctima.

Cuando la dama—pues no por su situación especial dejaba de serlo—percatóse de los propósitos del hombre que se acercaba, demandó auxilio.

A los gritos acudió el compañero que antes probara fortuna; ambos disputaron, acabando en lucha a brazo partido, quedando muerto uno de ellos.

Al regresar el jefe tuvo noticia de lo acaecido, y ante toda la banda dictó la sentencia:

El muerto, bien muerto estaba.

El vivo fué condenado a llevar el cadáver a terreno más apropiado que aquel en que se encontraban, encaminándose, pues, a los riscos del Campo Santo o de los Muertos.

Llegados que fueron a este lugar, el capitán

ordenó al matador arrojara por un peñascal el cuerpo del que fué su compañero. Así lo hizo.

—La justicia al muerto está ya hecha—dijo el jefe en alta voz—; lo que aun queda por decidir es el castigo que éste merece por intentar apropiarse de lo que a su custodia se confía. ¿Qué pena se le aplica?

—¡La muerte!

—¡Sea!

Y aproximándose al reo le dió fuerte empujón para enviarle a hacer compañía al cadáver que antes arrojó; mas al caer el sentenciado asióle de una pierna, y jefe y subordinado rodaron por los canchos hasta un lugar recóndito en que, según el pastor, aun blanquean los huesos de los tres cadáveres.

Después de esto la banda se dispersó, dejando como castigo abandonada en la Sierra a la causante involuntaria de aquel suceso.

Largo tiempo anduvo desorientada la dama por entre los canchales, hasta que el «Mierlo», pastor criado en esta Sierra, acertó a encontrarla. Contóle ella sus cuitas, y el pastor abandonó su rebaño y la condujo a Madrid.

Grande fué la alegría de sus padres al recuperar a la que creían perdida para siempre. Ofrecieron al «Mierlo» toda clase de comodidades si dejaba la Pedriza e iba a vivir con ellos.

Todo lo rechazó el pastor; las cabras, las jarras y los canchos rubios de su Sierra valían

para él más que todos los bienes y placeres con que pudieran regalarle en la ciudad.

Y el «Mierlo», que pudo disfrutar una posición desahogada y tal vez haber llegado a ser un personaje, volvió a su chozo tornando a su antigua vestimenta, consistente en un pedazo de sayal atado a los riñones con una tomiza.

El «Mierlo» fué muerto violentamente algunos años después en aquel Collado, y el pastor Ambrosio señalaba uno de la Cuerda del hilo que debe caer entre Navacerrada y Becerril...» (1).

El collado, que cae bastante más al Sudeste que lo que Laforest supone, entre Matalpino y El Boalo, es el que lleva el nombre de Val de Halcones, convertido por otros en Arcones, lo mismo que uno de los Puertos entre el Valle de Lozoya y la tierra segoviana.

Allí, en efecto, en dirección a La Malicios a ante un grupo de rocas que cierran la salida, se encuentra, o se encontraba, cuando menos, el 13

(1) *En los altos de la Pedriza posterior*, en la revista *Peñalara*, Diciembre 1919, núm. 72.

En otra referencia de este suceso, que conocemos nosotros por comunicación de D. Manuel Bernabé, juez de primera instancia de Cebreros, oriundo de Colmenar Viejo, la dama muere también despeñada, y su esqueleto, vestido, causa por largos años el horror de los pastores, hasta que uno, más osado, se atreve a registrar las ropas, en las cuales, cosidas a los bordes, encuentra gran cantidad de monedas de oro, que dan origen a cierta fortuna, todavía señalada en Colmenar de esta manera. El jefe bandolero de este suceso no es ya, como se observará, Pablo Santos, sino uno de sus sucesores: el llamado *Barrasa*, probablemente.

de Julio de 1920, tendida en el suelo, una cruz compuesta de cinco fragmentos de granito, toscamente labrados y de las dimensiones de un hombre, marcando, tal vez, la orientación del cuerpo muerto, tal como fué hallado. El trozo correspondiente a la cabeza afecta forma esférica; los demás están tallados como prismas triangulares.

No muy lejos, por cierto, del sitio donde, asesinado, pereció el «Mierlo» o «Mirlo», se encuentra el lugar donde, a su vez, pereció Pablo Santos, cumpliéndose en él la sentencia de que quien a hierro mata, a hierro muere.

Vamos a referir este suceso tal como se le hemos oído a Bautista Montalvo, anciano centenario de Matalpino.

Su relato guarda tal frescura de recuerdos juveniles, que le dan fé para nosotros que le oímos.

Fué una mañana de otoño, entrando él en los límites de la adolescencia. Había salido con su padre en busca de unas yeguas, cuando divisaron la gente de Pablo Santos en la senda que viene desde Matalpino a Navacerrada, bordeando las bellísimas estribaciones de La Maliciosa. El padre del adolescente, ahora centenario, estrenaba aquella mañana, velada con el añublo de los arroyos entre robledos, un capote comprado a un pañero de Riaza, que acaso favorecía a los bandidos. Días antes le habían tomado una escopeta, con vanas palabras de devolu-

ción, y ahora, al verlos, se echó a temblar por su capote, que, en efecto, le fué confiscado en el momento. El anciano recuerda el brillo de la boca del tabuco de Pablo Santos bajo la manta del bandido. Hacia el mismo sitio, a la tarde, padre e hijo volvieron a encontrar a los malhechores. Tenían al fuego un enorme caldero de rico chocolate de Astorga, despojo del robo de la mala de Galicia. Celebraban el éxito con ruidosa alegría y les obligaron a participar del pantagruélico festín inesperado. Luego marcharon adelante, en dirección de la Peña del Mediodía, gran reloj natural de todo el valle de Samburiel, que, como colosal gnomon de un reloj de sol natural, se levanta a poco más de media ladera y en la vertiente meridional del Collado de Val de Halcones, entre esta depresión y la más marcada y baja del Collado de El Boalo; ambas talladas en la que pudiéramos llamar «Cuerda larga de La Maliciosa», esto es, en su derivación sudoriental, que llega casi hasta tocar la Pedriza de Manzanares.

La codicia de los salteadores, ya en la seguridad que les brindaba la salvaje naturaleza del Barranco del Robledillo, por donde se asciende a la Peña del Mediodía, ¿resistió, para el reparto de la presa, hasta llegar a este alto risco?

Buen rato antes abre su abrigo el curioso Cancho del Horno, gran canto semejante a un hemisferio hueco sobre el suelo; excelente refugio

natural abierto al Sudoeste, en cuya postrera lejanía se divisan, en pálido azul, las cumbres de El Escorial, con el arranque de la Sierra de Malagón, entre Cabeza del Guijar y Cueva Valiente (1). La banda se detuvo allí, tras la cerca, ahora arruinada, de los llamados «Huertos», y ante el fuego, resguardados del aliento glacial de las Cabezas de Hierro, inició el reparto deseado.

Surgió en el acto la discordia. El llamado «Isidro», de Torrelodones, se retiró unos pasos, y, a traición, de un trabucazo, mató a Santos, que cayó cara a tierra, junto a la hoguera.

(1) Tal es, en efecto, el Collado Hornillo, formado entre estas dos cumbres, el arranque exacto de la Sierra de Malagón, y no el Cerro de la Cierva, aunque de ordinario, o, con error, se señala éste (v. gr.: RECLUS, *Nouvelle Geographie Universelle*, París, 1896, pág. 675; y *Descripción geográfica y estadística de España, publicada por el Instituto Geográfico y Estadístico*, Madrid, 1912, pág. 217 [por cierto que en esta obra no existe la Pedriza]). El Cabezo del Guijar, que sucede al Cerro de la Cierva en dirección SO., es todavía Guadarrama; Cueva Valiente, desprendiéndose al O., inicia Malagón, como primera y más eminente de sus vértebras. No sólo la dirección, sino las altitudes respectivas, confirman la bifurcación de las Sierras en este nudo. El Cabezo del Guijar, que sucede al Cerro de la Cierva en la marcha de la cadena del Guadarrama al SO., se degrada en altitud en relación con él, obedeciendo a la ley general que actúa sobre la misma, luego que ha culminado en la Peñalara. Por el contrario, Cueva Valiente, que se anuda con el Cabezo del Guijar, no sólo es superior en altitud a él, sino al propio Cerro de la Cierva, emulando casi la altitud de la Peñota, que precede a éste en cinco puestos, remontando al Nordeste. La Sierra de Malagón presenta, pues, esta originalidad de culminar en su propio arranque, degradándose también regularmente en su recorrido al O., hasta deshacerse en el Valdihuelo, sobre la penillanura de la Paramera abulense.

¿Fué enterrado, tal vez, a la antigua usanza, en alguna encrucijada de las que pisamos? ¿Acaso donde la trocha del Regajo del Horno corta la senda del Bóalo o la de Matalpino? (1).

Bautista Montalvo guarda de este Isidro dos recuerdos fisonómicos interesantísimos para el curioso de la Antropología criminal. Tenía el labio leporino, raro estigma atípico que hemos encontrado por nuestra parte otras dos veces en nuestras andanzas por la Sierra. La primera vez, también en un malhechor, ladrón de ovejas, de Peguerinos, de aspecto enteramente evocador del hombre de Neanderthal, raza de la humanidad primitiva, extinguida en los comienzos de la edad cuaternaria en Europa, por su frente fugitiva, sus enormes arcos superciliares y su pesada mandíbula desprovista de barbilla. Defendióle, por cierto, ante la Audiencia de Madrid, en los comienzos de 1909, el malogrado cuentista Rafael Leyda, gadarramista de aquella época, a quien bastó para lograr este efecto referir ante el Tribunal la vida de aquel ser, casi todavía sin palabra y acaso sin pensamiento, en la misérrima Sierra de Malagón, a 1.500 metros de altitud, hambriento y helado como el

(1) En la *Historia de la vida del buscón Don Pablos*, Quedo nos da un testimonio de esta práctica, que fué general en Europa. «Hícele cuartos y díle por sepultura los caminos», escribe, en su carta a Pablos, el verdugo de Segovia, Alonso Ramplón, refiriéndole el fin que tuvo su padre.

lobo. La otra vez que hemos vuelto a encontrar la anomalía del labio leporino en estas regiones, fué en Navalperal de Pinares, no lejos del mismo Peguerinos, en un desconocido (1). El segundo rasgo siniestro retenido por Bautista Montalvo de la fisonomía de Isidro, es el de su cara criminal, suficiente, según su expresiva frase, para evocar en quienes le veían a solas la imagen de Nuestra Señora de los asesinados, tal vez por su mirada fría, vidriosa, y su pálida coloración, como si bajo su piel circulara, en lugar de sangre generosa, una viscosa savia verde.

Terminaremos con el suceso más memorable de la historia criminal de la Pedriza.

Pablo Santos ya había muerto; y había muerto también, ejecutado en cadalso, Luis Candelas, el ladrón hábil de Madrid, el Raffles, el Arsenio Lupin de nuestros abuelos, perdido por el amor de una mujer fatal: la huérfana María, para quien pudiera haber compuesto, en los tres largos días de capilla de las antiguas prácticas penales, la endecha del contemporáneo Miguel de los Santos Alvarez, impregnada en un sentimiento masoquista tan suave:

(1) Este segundo hallazgo está referido por nuestro querido compañero Juan A. Meliá, en su interesante libro *Andanzas Castellanas* (Madrid, 1918; pág. 13): «Mi compañero, maestro en Antropología criminal, me señala a uno de estos sujetos (comensales de taberna), que ostenta la particularidad del labio leporino; su expresión fisonómica es tal, que no sería encuentro agradable el dar con él en mitad de la carretera.»

Dulce bien de mi vida,
me van a ahorcar;
vente con el verdugo
sin más tardar.

.....

Y ama al que con sus besos
te haga olvidar
que en ti mi cuerpo ahorcado
va y viene y va.

Pero las dos bandas, la serrana como la urbana, la una más bárbara y cruel, la otra más astuta e ingeniosa, habían debido tener indudables relaciones de alianza. Francisco Villena, alias *Paco el Sastre*, cómplice tantas veces de Candelas, conocía ya el Canto del Tolmo como lugar tan escondido de la Sierra, que en vano buscaría otro mejor, recorriéndola paso a paso, un ingeniero del secuestro. Debía conocer también que el Canto varias veces había servido a esta aventura, tantas cuantas la gente de Pablo Santos se apoderaba del unigénito de la señora Braulia del Valle, vecina de El Boalo, para sacarla algunos miles de reales por el rescate. Acaso había recorrido con Santos y los suyos los pasos de la Dehesilla y de Halcones; acaso lo había oído referir en alguna taberna infame de Madrid, como aquella que pone Espronceda en el bellissimo *Diablo Mundo* o como la que el inglés Jorge Borrow, comisionado por la Sociedad Bíblica de Londres para la propaganda en España, cono-

ció en Madrid el año 1837 y nos describe en su libro *La Biblia en España*, donde nos ha dejado el retrato de Mariano Balseiro, teniente de Candelas («un hombre de baja estatura, de bellas facciones, pero de aspecto imponente»), y el de Sevilla, el picador, para quien escribió palabras de elogio Teófilo Gautier, en la página de la corrida de toros en Madrid, tan conocida, y a quien menciona asimismo don Eugeni Tapia, recordado por *Azorín* recientemente (1).

Así, a los pocos días de una nueva fuga del Saladero (27 de Abril de 1839), Paco *el Sastre* realizaba el secuestro de los niños del marqués de Gaviria, intendente del Palacio Real, reputado como el hombre más rico de Madrid y el más amante de sus hijos, llevándoselos a la entraña de La Pedriza, al Canto del Tolmo precisamente. Diminutas figurillas de los débiles niños, ¡cómo harían resaltar la soledad y la grandeza del formidable paisaje! Seguramente lloraron ante la cara impasible de la roca, como el bravío Peñotillo de La Maliciosa sabemos que ha hecho llorar, al obscurecer, a un niño de su edad—nueve o diez años—aun entre amigos que le sonreían.

La inocencia triunfó esta vez de la perversidad. Los niños fueron rescatados al segundo día, abandonados por los malhechores perseguidos. Paco *el Sastre* fué ejecutado el 20 de Julio

(1) AZORÍN: *Castilla* (Madrid, 1912), *Los Toros*, pág. 54.

de 1839, el mismo día que Mariano Balseiro. Su compañero murió del tifus de las prisiones en el Saladero.

Jorge Borrow, que recoge también el eco de este suceso en su curioso libro, le localiza mal, suponiéndole cometido «a unas cinco leguas de Madrid, en un lugar solitario y agreste, entre El Escorial y un pueblo llamado Torrelodones» (1).

2)

LA MEMORIA DE DON FRANCISCO GINER

Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho (2) Guadarrama.

ANTONIO MACHADO: *A Don Francisco Giner de los Ríos.*

Mas la Pedriza tiene también ahora su ángel bueno que combate el sombrío recuerdo de Pablo Santos.

En la Cara del Canto del Tolmo, que mira hacia el Oeste, precisamente casi por encima del claro manantial, una lápida blanca irradia la

(1) *La Biblia en España.*, cap. LX.

(2) El adjetivo resulta totalmente impropio. El Guadarrama no es «ancho», sino largo. En el centro de la cadena, hacia el Puerto de su nombre, se reduce a una arista de 10 kilómetros de espesor que la línea férrea atraviesa rápidamente. Aun en su diámetro transversal máximo, entre Pedraza y Torrelodones, a uno y otro extremo de los depósitos diluviales, el Gua-

memoria de don Francisco Giner entre las peñas bravas.

«A los motivos de simpatía y afecto que nuestro hermoso Canto del Tolmo ofrece: el manantial, el hogar, el valiente roble que le adorna—decíamos nosotros en el sentido acto de la inauguración de este sencillo recuerdo, el 6 de Junio de 1915, ante muchos maestros y discípulos (1)—, acabamos de añadir uno más, incrustando en su superficie la lápida destinada a recordar, en la más áspera entraña de la Sierra, la gloriosa memoria de don Francisco Giner de los Ríos, ya que, para mayor perpetuidad, no hayamos podido esculpir su nombre, como fuera nuestro proyecto primitivo, sobre este basto granito de la Pedriza, que tiene en su propia deleznablez la razón de su sorprendente relieve que estáis viendo.

Nuestro maestro no conoció, ciertamente, este

darrama no llega a los 60 kilómetros de anchura. Perdóneme el gran poeta esta rectificación fácil.

Se nos ha hecho notar que también el barbero anónimo de Borrow, nuestro precursor, llama ancha a la Cordillera, en el fragmento que hemos reproducido (véase pág. 81). Pero nótese que el barbero se refiere a la Cordillera, considerada, no en el Guadarrama, sino desde el camino entre Oropesa y Talavera de la Reina, en el meridiano 5 al O. de Greenwich, en que aquélla presenta, primero, toda la espesa alineación de Gredos; después, pasado Alberche, la alineación de la Serrota con la Paramera, y, por último, la llamada Sierra de Avila; en conjunto, un diámetro transversal de más de setenta kilómetros.

(1) Cfr. la revista *Peñalara*, núm. 18, Junio 1915.

formidable paisaje geológico; sus ojos no vieron de la Pedriza sino las crestas lejanas, «el pintoresco dentellado», como él mismo escribió, con que se recortan en el cielo azul, marchando desde Villalba al Puerto de Navacerrada. Pero no es menos cierto que le agradaría, haciendo vibrar en su espíritu poderosas sensaciones de belleza. Dondequiera, por lo demás, se hallaba él a gusto en estas queridas Sierras; él, tan sabio gozador de la Naturaleza. Nosotros colocamos aquí esta piedra, no sólo porque el Canto del Tolmo—hermoso bloque para tallar el monumento al Guadarrama—nos parece merecedor de conllevar la grandeza del nombre de don Francisco, sino con el propósito de tenerle a la puerta de nuestra casa en construcción, que ha poco habéis visto, en nuestra Pedriza querida; leyéndole a diario para que nos dé la virtud de entender y practicar el amor a las montañas con la elevación y la dignidad que él personalmente sabía y quería comunicarnos, como homenaje e imitación de las cumbres silenciosas y fuertes.»

La alusión que en su estudio *Paisaje*, recordado en otro lugar, se encuentra al «magnífico tono frío amoratado» de los gneises de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de la Peñalara, donde, según Obermaier (1),

(1) OBERMAIER y CARANDELL: *Los glaciares cuaternarios de la Sierra de Guadarrama* (en la serie geológica, núm. 19.

debió existir otra laguna glaciaria, ya desecada, nos hizo desear primeramente para este sitio, admirado expresamente por él (1), el emplazamiento del humilde recuerdo. Pero allí estaría ocioso, casi baldío, en el abandono completo de este paisaje; mientras en la encrucijada de los caminos interiores de la Pedriza, que se señala casi exactamente en el Tolmo, la pequeña lápida extraída de cualquier cantera anónima realiza día tras día la función de recordar al glorioso y resplandeciente maestro que, entre tantas elevadas enseñanzas, inició en el amor del Guadarrama, incluso a los que, tal el que escribe estas páginas, le tenían como destino último, por la raza; pues—como se dice en una de las más extrañas narraciones de Rudyard Kipling (2)—, «basta que un hombre lleve en sus venas una gota de sangre montañesa, para que, al fin, vuelva al sitio de donde salió», ¡oh, sagradas

de las publicaciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales), Madrid, 1917, pág. 43.

(1) He aquí el pasaje: «Recuerdo el magnífico tono frío amaratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido a la hidratación del óxido de hierro contenido en las micas de sus gneises; mientras que en el Puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de La Maliciosa y de las Cabezas de Hierro), y en tantas y tantas otras partes, ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y transparentes, merced a otro grado de hidratación de esos mismos hierros.»

(2) RUDYARD KIPLING: *El milagro de Purun Bhagad*, en *El libro de las tierras vírgenes*.

cumbres de San Juan de Malagón, del Cabezo del Guijar y de Cueva Valiente!

Don Francisco Giner fué el más ilustre y eficaz de los precursores del alpinismo castellano.

Su gusto por el campo, que debió, sobre todo, a la influencia de don Juan Facundo Riaño, le llevó hasta el Guadarrama hacia la mitad del camino de su vida, recibiendo del geólogo Macpherson la educación que su espíritu, tan sensible a la belleza de las construcciones humanas —pues era la Arquitectura la que más le impresionaba de las Bellas Artes—, apenas necesitaba para comprender la grandiosa tectónica de la tierra. Pero don José Macpherson era, dentro de la Sierra, el geólogo de la Peñalara, cuyas nieves impregnadas de residuos de rocas extrañas le dieron, en la primavera de 1884, la explicación de las extrañas puestas de sol, singularmente ricas de colores, que el verano anterior habían llamado la atención en toda Europa, atribuyéndolas a las cenizas volcánicas en que la formidable erupción del Krakatoa, en las remotas islas de la Sonda, había envuelto al hemisferio boreal desde la noche del 26 de Agosto de 1883, en que ocurrió el cataclismo geológico: brillante intuición que acredita el genio del sabio español a quien su dificultad en la expresión escrita de las ideas coloca hoy en el número de los poco entendidos.

Casi limitado a la Peñalara y al valle de Lo-

zoya, don Francisco Giner desenvuelve en esta región de la Sierra toda su acción intensa.

Carecía, casi enteramente, del sentido de la orientación, que, sin embargo, forma parte, al menos en apariencia, de otro, el del oído, en él tan delicado. «Se perdía en su casa», según la expresión de Cossío, a quien puede considerarse como a su hijo. No sentía el deseo de las escaladas peligrosas por los riscos difíciles. Andaba mucho y muy bien, con gran ritmo. Le gustaba la nieve y se bañaba, todavía anciano, en el agua de los ríos, con la primera luz de la mañana, rompiendo la costra de hielo de la superficie. Todo le interesaba y cautivaba su atención, suscitando el manantial de su efusiva palabra, cambiante a cada instante de motivo, como las irisaciones del agua.

El fino novelista Acebal me ha referido una pequeña anécdota que muestra amablemente en acción el excursionismo de don Francisco Giner, en sus aspectos más personales.

Marchaban de Torrelodones al Hoyo de Manzanares, perdidos, como siempre. Un empinado risco ofreció de improviso una atalaya momentánea. Pero en vano intentaban escalarle los dos discípulos que acompañaban al maestro. Increpándoles graciosamente por su inepticia, don Francisco intenta a su vez coronar el bravo risco. A brazo partido, trata de dominarle un cuarto de hora.

—Para el honor ¿es bastante?—exclama, al fin, dirigiéndose a los compañeros.

Todos tres reanudan la marcha persiguiendo el Hoyo de Manzanares. La tarde avanza y es preciso conceder tiempo al regreso. Pero hay una pequeña eminencia a la vista, y los tres se prometen llegar a ella, como última concesión a su pesquisa. ¡Decepción última! El breve vallejo, salpicado de peñas verdinegras entre la vegetación esteparia, está desierto. Don Francisco, antes de partir, extiende el brazo y dice estas palabras:

—Señores, yo les aseguro que la última vez que estuve en este sitio, el Hoyo de Manzanares estaba ahí.

Todo esto es todavía la infancia del guadarramismo de hoy. Pero cuantas veces, con dirección al Albergue Giner, remontando el arroyo de la Majadilla, con el que alguna vez he querido comparar al maestro (1), he cruzado, semidesnudos, abrasados por el sol, con los hermosos y atrevidos escaladores del Pájaro o de cualquiera de los innumerables riscos peligro-

(1) Cfr. mi artículo *La clase de don Francisco*, en la *Revista de Derecho privado*, de 15 de Mayo de 1915 «¡Arroyo de la Majadilla, con tus pequeños meandros encajados, tus bifurcaciones, tus afluentes, tus accidentes todos, resultantes de la leve, tenue naturaleza del agua sobre la aspereza y dificultad de la roca, me eres más grato ahora recordándome el pensamiento del maestro, ante el cual callábamos todos encantados, lo mismo que ante la canción eterna de ti y de toda agua co-

sos de la Pedriza, ejemplares de prometedora juventud de una raza inmortal que se renueva eugénicamente, he pensado con alegría interior que ocupa largo tiempo la conciencia en un estado feliz y sin palabras:

—También éstos descienden de don Francisco Giner, que les sonrío y aprueba desde el gran Canto del Tolmo y desde el pequeño albergue de la Umbría Calderón, donde, con su nombre y retenida por él, vive todavía una parte de su persona.

rriente! A menudo, cuando el entusiasmo por la idea querida o la crítica de los errores, las vulgaridades y los convencionalismos le apasionaban, el arroyo sonaba como torrente y salpicaba efervescentes espumas... Más tarde, cuando sonaba la hora límite de la clase y llegaba el momento de resumirla, el agua se remansaba clara, fría, serena, dejando ver bajo el cristal la profundidad enorme de la sima. Así trabajaba el maestro en clase, y sobre nosotros—cantos rodados en el álveo—pasaba la corriente pulimentadora.»

VII

ITINERARIOS

¿Adónde vais, los cabreros,
monte abajo por la agreste
loma de los Bailanderos?

ENRIQUE DE MESA: *Con los buenos cabreros.*

TRES itinerarios distintos hay para la Pedriza:

- 1) El camino del río.
- 2) El de los puertos.
- 3) El de las cumbres.

1)

EL CAMINO DEL RÍO

El camino del río consiste en remontar, paso a paso, la orilla izquierda de Manzanares, desde Madrid hasta más allá de Manzanares el Real, pasada la entrada de la Garganta, donde, al dejarle por el arroyo de la Majadilla, se entra en el dominio de la Pedriza, sólo bordeada en el trayecto de la Garganta.

Este camino es sumamente interesante y permite conocer el desarrollo entero del hermoso río de las arenas—«Guadarrama, la que va a Madrid» de los antiguos documentos (1)—desconocido y menospreciado de los madrileños, en dos distintos y principales aspectos que muestra: primero, sobre las arenas diluviales, cuaternarias, del Monte de El Pardo, entre el encinar madrileño:

tan hermoso y tan sombrío
bajo el Guadarrama frío,
con su adustez castellana
corrigiendo
la vanidad y el atuendo
y la hetiquez cortesana (2);

después, sobre las duras rocas cristalinas de la Sierra, atacadas, desde el Puente del Grajal, por caprichosas «marmitas de gigante».

(1) Tal es el significado literal del río Guadarrama—Uad r'mel, como el pequeño curso de agua que desemboca en el Estrecho de Gibraltar, entre Ras ed-Dalia y Ras es-Samar—, según nos le reveló, en su casa de Ain-Xixa, Sidi el Hassen Chellaf, el 13 de Abril de 1913. Cfr. en el libro *Yebala y el bajo Lucus*, nuestro *Diario de la Expedición*, pág. 6. El nombre de Uad r'mel (Guadarrama), se aplicó primero al actual río Manzanares, como enseña el nombre de «Guarramas» y «Guarramillas», aplicado a las altas cumbres que rodean sus fuentes; después, se extendió al otro curso de agua que baja de la Sierra, más allá de la del Hoyo de Manzanares y La Maliciosa; por último, pasó definitivamente a éste, quedando sustituido por el de «Manzanares» para el verdadero Uad r'mel primitivo.

(2) ANTONIO MACHADO: *Las Encinas*.

Pero este itinerario está cortado por dos obstáculos: primero, el Real Sitio de El Pardo, enorme cercado de más de 19.500 hectáreas y catorce leguas de perímetro; después, las instalaciones del Embalse Santillana; y no puede hacerse hoy libremente sino en los trayectos intermedios; exigiendo, además, un cierto tiempo de que no siempre se puede disponer ampliamente.

La senda larga y entretenida de la ribera en que se avanza poco, retenidos a cada instante por el encanto del agua corriente, quede para los largos ocios de que dispongamos; para los días contados, precisa llegar al valle de Manzanares más rápidamente.

Una primera carretera, a partir de Villalba, nos hace pasar a él desde el valle de Guadarrama, en que se inicia, buscando la divisoria indecisa que separa a uno y otro, en este trayecto. Al llegar a Moralarzal, a nueve kilómetros, estamos ya sobre ella misma; pues, por rara particularidad, la fuente de la Plaza Mayor de este pueblo vierte, a la vez, a los dos ríos. En seguida, torciendo hacia Levante, la carretera se interna en el valle plano de Samburiel, primer afluente derecho de Manzanares, que, a lo largo de la rama oriental de La Maliciosa, y entre el corredor formado por ésta, al Norte, y al Sur, por la Ladera de las Viñas, antiguo golfo del mar cretácico, serpentea perezosa-

mente en corvos meandros, como un curso de agua, plenamente maduro, que ha alcanzado ya su nivel de base. El arroyo Samburiel se aleja hacia el Sudeste, y antes de que llegue a unirse con el río Manzanares, éste se interpone a nuestro paso, a la entrada misma del pueblo de su nombre. En cerca de diez y nueve kilómetros se desarrolla este camino, desde Villalba, su origen, pasando por Cerceda y a la vista siempre de La Maliciosa y La Pedriza.

Sólo catorce se invierten desde Colmenar Viejo: los seis primeros, sobre la carretera desde este pueblo a Miraflores; los otros ocho, en una derivación que lleva a Manzanares. Aunque más corto, este camino es menos interesante. Además, está enlazado con una línea férrea de escasos medios.

El territorio comprendido entre las dos carreteras es sólo una parte, por el Sur de la Cordillera, del antiguo Real de Manzanares, territorio realengo que en el siglo XIII se extendía, por Levante, hasta Buitrago; mientras, allende la Sierra, llegaba hasta El Espinar y Sepúlveda.

Don Juan I hizo donación del Real a su Mayordomo, don Pedro González de Mendoza, en 1383. Después de varios pleitos con el Concejo de Madrid sobre la posesión de este territorio, don Juan II creó en 1445 los títulos de Marqués de Santillana y Conde del Real de Manzanares, a favor de don Íñigo López de Mendoza,

el poeta de las *Serranillas*, el del Yelmo, para premiar su conducta en la batalla de Olmedo. De hecho, ya don Iñigo era señor del Real desde diez años antes.

De entonces data el hermoso castillo que domina el humilde pueblo de Manzanares, de escaso caserío, con su iglesia descentrada hacia la pintoresca vega, rodeada de estelas sepulcrales, casi todas discoideas, procedentes de algún cementerio más viejo (1), y su arruinada fábrica de papel, triste señal de decadencia no reparada hasta ahora, en beneficio del pueblo mismo, por la industria hidroeléctrica del actual Marqués de Santillana, descendiente del antiguo señor de la tierra.

Según las investigaciones de don Vicente Lampérez, que hizo del castillo asunto de su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, leído el 1.º de Junio de 1916, don Iñigo, construyó hacia 1440 el cuerpo principal, cuadrangular, torreado, y el recinto interior del castillo, dejando dentro de su albacar o campo parte de una pequeña iglesia de estilo románico popular de Castilla, que había en una pequeña eminencia del terreno. ¿Era ésta la ermita del Vado, que Juan Ruiz, el arcipreste de Hita,

(1) El reciente libro de E. Frankowsky, *Las estelas discoideas de la Península ibérica* (Madrid, 1920), no menciona, por cierto, éstas, y sí sólo, en la provincia de Madrid, una de Lozoya, y otras en Estebanvela (provincia de Segovia).

primero de los guadarramistas, nombrâ al término de sus andanzas serranas? (1). Las palabras de Lampérez no permiten resolver la duda, como tampoco esclarecen en nada el significado de las arrasadas ruinas, llamadas «Los Palacios», que se encuentran al otro lado de Manzanares, sobre su margen derecha, casi en la confluencia de la carretera actual con el camino de El Boalo. La posición, sin embargo, en las proximidades del río, que se ensancha y se encalma, después de salir de la Garganta, hacen pensar en la advocación del Vado como un indicio relativo. La vaga localización que queda en el «Libro de la Montería» del Rey Alfonso XI confirma la sospecha (2).

(1) *Libro de Buen Amor*, estrofa 1.018:

«Cerca de aquesta sierra hay un lugar honrado,
muy santo et muy devoto, Santa María del Vado».

Juan Ruiz no puede ser contado, en realidad, entre los precursores del alpinismo, a la manera de Petrarca, su contemporáneo, o del Dante, que les precedió. Las cumbres no le interesaban en modo alguno, pues ni siquiera tuvo una palabra—él, tan propenso a las representaciones eróticas—para el macizo de la Mujer Muerta, que sin duda contempló: altísima escultura yacente, en que la erosión ha modelado la sucesión de elevaciones y depresiones que sugieren la imagen de una mujer tendida. Mas, en cambio, Juan Ruiz amó la vida en la Sierra y la naturaleza montés, mereciendo en este concepto toda nuestra simpatía. Literariamente, en sus serranillas, nos ha dejado la visión de los altos puertos nevados—Navafría, Malagosto, Fuenfría; la Tablada—, bajo celajes tormentosos que tienden una sombra mortal sobre el candor de la nieve.

(2) «La Cabeza del Yescar (Cabezó Illescas de hoy, como queda dicho), et la Texera, que es cabo Manzanares, es buen monte de puerco en todo tiempo. Et es la vocería por cima de

Don Diego, hijo primogénito de don Iñigo, convirtió el castillo en palacio en 1473-74. Y en 1480, el segundo Duque, llamado también don Iñigo, hizo construir la elegante galería alta del Mediodía.

Era, indudablemente, el Castillo más bello en la antigua ruina y abandono en que le conocimos no hace muchos años, que hoy, en su restauración, hartó incompleta, manifiesta. Merece todavía un alto y hasta una visita, antes de proseguir el camino aguas arriba, que a poca distancia del pueblo se interna ya en la Garganta.

A media hora escasa de Manzanares, la ermita de Nuestra Señora de Peña Sacra brinda una interesantísima excursión de arqueología prehistórica.

La ermita, emplazada sobre una rotunda mole granítica, en la orilla derecha del río, a la salida precisamente de la Garganta, no ofrece en su interior gran atractivo. Bajo la sencilla bóveda, de gótica tracería, reina la Virgen de la Sacra: pequeña imagen de las llamadas de «alcuza», de cara y manos talladas en madera policroma. A la derecha, un lienzo representando una Pureza en buen estilo. A la izquierda, estampas de Santo Domingo y una Santa Teresa,

la cumbre de la Sierra. Et son las armadas, la una a Sancta María del Vado; et la otra al Colladiello del Carrascal, et otra vocería allende el río.» (Lib. III, cap. X, De los montes de tierra de Segovia, et de Manzanares, et de Val de Lozoya.)

en imaginería barata, y una antigua litografía iluminada que parece representar un paso de Semana Santa sevillana. La construcción se arruina año tras año sobre la poderosa roca que la sustenta a 70 metros sobre el río, rodeada de abandono y desolación, impropios de un lugar bendito.

Ya hemos hablado antes de un episodio de bandolerismo de que fué objeto. Los viejos de Manzanares hablan también, vagamente, de un suceso muy anterior, casi enteramente perdido en el olvido, en que la humilde ermita vió reunido en su interior un concilio de tres obispos.

Todavía, sin embargo, la Sacra es susceptible de recordar, a quienes sepan considerarla, recuerdos muchos más lejanos y misteriosos, como la luz de las estrellas remotas que se apagan y encienden a nuestra vista.

Pocos pasos más allá de la construcción, sobre la bóveda rocosa, antigua como el mundo, veréis las pilas de la Sacra, por las cuales, naturales o artificiales que sean, que esto, al fin, es indiferente, la Peña mereció tal calificativo de atributo desde las remotas edades de la piedra.

«Aquel doble par de huecos, simétricos aun en sus dos distintas dimensiones—he escrito en otro lugar (1)—mirando como grandes ojos enig-

(1) C. BERNALDO DE QUIRÓS: *Guadarrama*, pág. 29. Desde entonces, ha sido Luis Bello (*Ensayos e imaginaciones sobre Madrid*, pág. 25) el único escritor madrileñista que ha reco-

máticos al alto cielo, en el extraño paisaje ciclópeo de la entrada de la Pedriza, parecería todavía un fenómeno accidental, inexpresivo, sin el nombre de «Sacra» atribuído a la gran peña desde tiempos anteriores seguramente al Cristianismo, que, edificando sobre ella la pequeña ermita que la corona, no hizo sino continuar una tradición de venerada santidad de orígenes desconocidos. Próxima a la Sacra, sobre una pradera, se alza, aislado, el Canto Redondo, uno de tantos de la Pedriza, alrededor del cual bailan todavía los vecinos de Manzanares el día de la Pascua de Pentecostés, tal vez obedeciendo aún a un rito prehistórico ligado con el culto de Peña Sacra.»

En todo caso, Canto Redondo, aislado y erguido en una posición vertical que le humaniza, evoca el recuerdo de los ídolos neolíticos y paleolíticos, representativos de una divinidad femenina, tan desconocida como altísima, según permiten inducir, en algunos casos, atributos del sexo, unos orgánicos, como los senos; ornamentales otros, como los collares que les decoran. Canto Redondo carece de toda señal de sexo; mas con todo, acaso hay que ver en él la

gido la revelación de Peña Sacra, hecha en este pasaje. Prado habla también de Peña Sacra y de sus pilas, pero sin saberlas interpretar, en un tiempo en que los estudios de arqueología prehistórica, incluso en su aspecto religioso, estaban apenas iniciados.

diosa olvidada antecesora de Nuestra Señora de la Sacra, puesto que con frecuencia, como enseña la Historia de las Religiones, las Vírgenes cristianas representan la sucesión de varias dinastías de diosas paganas sobre un mismo lugar consagrado, hasta llegar a la primitiva concepción de la divinidad desnuda en que los hombres primeros expresaron toda su adoración inmortal por el sexo opuesto.

En los primeros siglos del Cristianismo, la Sacra y Canto Redondo han sido indudablemente muestras de tantas peñas a las que los cánones de los concilios y las constituciones episcopales prohibían ir al pueblo en procesiones y demás ceremoniales. El fracaso de la prohibición debió llevar a un cambio de política más eficaz: a cristianar las peñas, a veces con simples cruces talladas, como las que últimamente ilustra, para Portugal, Vergilio Correia (1); otras, con san-

(1) *El Neolítico de Pavia (Alemtejo, Portugal)*: Madrid, 1921; páginas 106-107, a propósito de la Peña de Talisca. Mirando el viejo ídolo que es Canto Redondo, hemos creído ver algunas veces, en la cara que mira a la Sacra, trazos que imitan el signo de la cruz, aunque en forma de aspa, sobre la superficie del granito, como si realmente hubiera sufrido la cristianización de que se habla en el texto. No aseguraríamos, sin embargo, que no se tratara de un efecto casual, como el de la gran cruz, casi perfecta, del Yelmo, en el centro de su convexidad al Mediodía. ¿No estará relacionado con la cristianización de Canto Redondo y de la propia Sacra el concilio de obispos, de que queda un vago recuerdo en el país, como se ha dicho, y que debió celebrarse, más bien, en la vieja ermita del Vado, antecesora de la Sacra?

tuarios rurales, a la manera de nuestra hermosa Sacra de la Pedriza, que añade el misterioso encanto de las religiones muertas y de la prehistoria al de la Geología en toda su pureza, en una región tan desprovista del primero como nuestra Sierra (1).

2)

LOS CAMINOS DE LOS PUERTOS

Sin seguir todo el tortuoso curso del agua, puede llegarse al interior de la Pedriza, buscando el paso que facilitan los puertos y collados.

La rama oriental de La Maliciosa, pasado el arranque, por la parte posterior, del Cerro Ortigoso, muestra tres depresiones aprovechables para ir desde el valle de Samburiel a la cuenca alta de Manzanares, y, desde ésta, a la Pedriza, su tributaria.

La última y más baja de estas depresiones es la del Puerto de Quebrantaherraduras, a poco más de 1.000 metros, que, con un camino carretero, lleva casi precisamente a la confluencia del Arroyo de la Majadilla con el río Manzanares, es decir a la entrada de la Pedriza interior,

(1) Prado señala en ella tres posibles construcciones megalíticas: el Carro del Diablo, en la vertiente Sur del Puerto del Reventón, entre el Monasterio del Paular y el Real Sitio de La Granja; y dos grupos sin nombre, uno de los alrededores de la antigua Fonda de la Trinidad (cerca de Villaiba) y otro de los de Navalagamella.

evitando el largo rodeo de la Garganta. El sendero sale a un rústico puente sobre el río, arreglado recientemente por la Agrupación «Peñalara».

Las otras dos depresiones, que son las del Colladito de El Boalo y la del Collado de Val de Halcones, conducen también al alto Manzanares, a través del vallecito transversal de Halcones.

En la senda del Colladito de El Boalo, se halla el curioso Canto de los Cedazos, mostrando en una de sus paredes, tal vez por efecto de un cambio de posición, los huecos circulares simétricos, principio de pilas formadas mediante disolución por las aguas pluviales, que recuerdan a los campesinos la imagen del instrumento con que ciernen la harina.

Más interesante, para ver de una vez todo el impresionante macizo de la Pedriza anterior, rasgado por el Barranco de los Huertos y el Hueco de las Hoces, es el Collado de Val de Halcones, el más elevado y difícil de todos.

Collado Halcones ha de estar alrededor de los 1.700 metros de altitud; apenas 700 sobre el valle. Cuidad, no obstante su reducida elevación, de no perder la senda que asciende a él desde la aldeíta de El Boalo; acaso no pudierais salir de la brava ladera, cubierta de espesos jarales y erizada de riscos desprendidos desde la árida divisoria. Conócese esta senda con el nombre de «Trocha del Regajo del Horno», por

el gran risco hueco que, a la derecha de la trocha, cubre, caído sobre el suelo, un espacio perfectamente circular de unos tres metros de diámetro y más de medio de elevación; excelente refugio natural, abierto al Oeste, en cuya postrera lejanía se perfilan, en pálido azul, como ya se ha dicho antes, el arranque de la Sierra de Malagón y parte del circo de El Escorial. Otro refugio más imperfecto forma por encima del Canto del Horno una gran lancha caída sobre dos peñas, a la manera de un dolmen. La trocha mejora en esta última parte, y a poco se abre, entre la Peña Blanca y la Peña del Mediodía, ante el hueco en cuyo fondo, a tres kilómetros, la Pedriza anterior aparece, toda rota, hendida, retorcida y agujereada, vibrando, como carne viva—el seno de «la Giganta» de Baudelaire, rematado por el pezón eréctil que simula el alto Yelmo— con el clamor del río y los arroyos afluentes, mientras resbala sobre su rubia entonación la sombra de las nubes que bogan en el océano infinito del cielo.

Estos tres puertos, por consiguiente—Quebrantaherraduras, Boalo, Halcones—desde el valle de Samburiel, buscando, desde el Oeste, la entrada de la Pedriza.

Por el lado del Este, se puede hacer otro tanto, siguiendo la carretera de Colmenar Viejo a Miraflores, hasta Chozas, en vez de dejarla en el empalme a Manzanares, y buscando, aguas arri-

ba del Arroyo Mediano, los pasos de la Silla o de la Ventana. El primero, por el Hueco de Coberteros, lleva a la articulación de la Pedriza anterior con la posterior; el segundo, bastante más alto, desde el Hueco de San Blas al interior del circo alto de la Pedriza.

3)

EL CAMINO DE LAS CUMBRES

Por último, siguiendo la Cuerda larga del Guadarrama, bien desde el Puerto de Navacerrada o desde el de la Morcuera, y a través de las Guarramas, el Cerro de Valdemartín y Hierro, o de La Najarra, los collados de Prado Pollo y de la Ventana, respectivamente, conducen al interior del Circo de la Pedriza.

Este, que es el camino de las nubes, es el itinerario heroico para la Pedriza posterior, el que procura las mayores sensaciones de elevación y grandeza.

El esfuerzo que representa debe completarse con el escalamiento, a otro día, de la Pedriza anterior, y de vuelta, con el paso del Collado del Cabezo Illescas y de la Sierra del Hoyo de Manzanares, por el Collado de la Torrecilla, ya nombrado con este nombre por el rey Alfonso XI, buscando la línea férrea en Torrelodones. Representa el triunfo de la resistencia orgánica sobre los obstáculos de la Sierra.

VII

REFUGIOS

Cuando el tosco refugio brinda su grato abrigo tras la larga jornada a través de la Sierra, toda blanca de nieve; cuando el Serrano amigo nos cuenta las consejas de su querida tierra.

Cuando el velón alumbra y cruje la retama bajo el caldero lleno de substanciosa sopa, mientras el caminante descansa ante la llama que funde el hielo sobre el tejido de su ropa...

ALFONSO GARCÍA DEL BUSTO: *El Refugio.*

SUCESIVAMENTE, en el transcurso de los doce años escasos que la Pedriza viene siendo frecuentada, hemos conocido tres refugios que marcan las tres edades, antigua, media y moderna, de su historia:

- 1) El Covacho de la Majada de Quila.
- 2) El Chozo Kindelán.
- 3) El Albergue Giner.

EL COVACHO QUILA

El Covacho de la Majada de Quila es un agujero en la roca viva, situado en el paredón abierto a Mediodía del piso central del Circo de la Pedriza.

Insuficiente apenas para tres personas, su posición, sin embargo, es inmejorable para recorrer la Pedriza posterior.

Juan A. Meliá, que con otro de los más inteligentes guadarramistas, José Tinoco, sufrió recluido en este agujero un largo temporal de nieve que les puso en serio peligro (1), ha propuesto, muy acertadamente, que se amplíe y mejore este albergue natural, de tan excelente emplazamiento (2).

En el interior profundo de la alta roca, en plena obscuridad y silencio absoluto, cuando sea posible estar tendido en un cómodo suelo holgadamente, el Covacho de la Majada de Quila será el lugar ideal de la cura de descanso nervioso para los estados de agotamiento producidos por la ciudad, para la excitabilidad hiperestésica de los sentidos y el cerebro, para

(1) Cfr. su libro *Andanzas castellanas*, Madrid, 1918, páginas 144 y siguientes.

(2) *Peñalara*, núm. 51, Marzo de 1918.

los insomnios tenaces de la ciudad, entre la leve luz hipnótica azulada que envuelve el dormitorio más sabiamente preparado para el sueño.

2)

EL CHOZO KINDELÁN

No un agujero natural, una pequeña caverna como el Covacho de la Majada de Quila, sino un simple resguardo bajo una roca caída y avanzada sobre otra formando verdadero «solapo», fué en un principio el Chozo Kindelán, hasta que sus ocupantes, los hermanos de este apellido, le cerraron con un muro de mampostería, transformándole en rústica vivienda, dotada interiormente de agua por el arroyo que le cruza.

El Chozo Kindelán, ya casi abandonado, está situado a media ladera de los riscos en que se deshace el siniestro Cancho de los Muertos, sobre la margen derecha del Arroyo de la Majadilla, en la rama occidental del Circo de la Pedriza, blanqueando con su capa de cal entre los jarales y las peñas. Frente por frente de él, al otro lado del arroyo, se levanta, como un yelmo en pequeño, pero invertido, mirando al Norte, y más erguido y puntiagudo, el Cancho Losillo o del Postigo, que los dueños del Chozo llamaron «Peña Sirio» en su nomenclatura propia, por haber contemplado la estrella de este nombre,

desde su interior, a través de una larga chimenea que perfora su robusta mole.

De este refugio particular, que la cortés benevolencia de sus dueños puso siempre a disposición de todos los cultivadores de la Pedriza, salieron los hermanos Kindelán, con su pariente Martínez del Río y algunos amigos constantes (Sócrates Quintana, Joaquín Aguilera, etcétera), intrépidos habilidosos todos de la cuerda alpina, para las primeras y más atrevidas escaladas de los riscos de la Pedriza.

El cuaderno de este Chozo, puede decirse que es el primer germen de la literatura roquista de nuestra Sierra.

3)

EL ALBERGUE GINER

La Agrupación PEÑALARA, la primitiva de los *Doce Amigos*, había comenzado, por suscripción pública (1), la construcción de un modesto

(1) A la iniciativa de la Agrupación PEÑALARA respondieron generosamente S. M. el Rey, la Infanta Doña Isabel de Borbón, el Infante D. Fernando de Baviera, el C. A. E., la Real Sociedad Española de Historia Natural, el Real Aero-Club Español, la Corporación de antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, y cuantas Asociaciones e individualidades se interesan en el desarrollo de las instituciones de cultura física al aire libre en Madrid. Tan sólo el Centro de Hijos de Madrid se negó a esta cooperación, creyendo, sin duda, pues no hay otra razón probable, que Manzanares el Real, en cuyo término iba a estar enclavado el Albergue, era el Manzanares de la Mancha y pertenecía a la provincia de Ciudad Real.

refugio de montaña en la Pedriza, a la que había mostrado siempre su preferencia, derivando hacia ella el excursionismo de montaña, cuando la muerte de don Francisco Giner, el 18 de Febrero de 1915, y la dedicación a su memoria de la lápida del Canto del Tolmo, unos cuatro meses después, el 6 de Junio del mismo año, dieron espontáneamente el nombre del glorioso maestro a la obra proyectada por un grupo entre el que nos encontrábamos más de un discípulo directo y no pocos influídos.

El Albergue está cuidadosamente establecido en la cruz de los caminos interiores de la Pedriza: el longitudinal, que la atraviesa desde el Puerto de Quebrantaherraduras al Collado de la Dehesilla, y el transversal, que sube a la Pedriza posterior por la senda de la Majadilla, y al Yelmo y a la Pedriza anterior por la Umbría Calderón. Si, como única desventaja, se alza en la umbría y no en la soleada Pradera del Peluca, frente por frente, débese a que el arroyo es el límite, hacia la Umbría Calderón, de las tierras de pasto del ya difunto vecino de Manzanares don Casiano Guijarro, que con la mayor liberalidad cedió la superficie para el edificio (1). Aun así, este emplazamiento ante el Norte permite

(1) Sobre la simpática y curiosa personalidad de Casiano Guijarro, véase la semblanza de la serie *Los amigos del montañero*, publicada en la revista *Peñalara*, Enero y Febrero 1920.

desde el interior del Albergue, a través del amplio ventanal, la contemplación del grandioso Circo de la Pedriza.

Bajo el amplio techado, en el seguro interior que protege hasta con el nombre honrado que lleva y el dulce rostro venerado del maestro fotografiado en un cuadro, tras las estrecheces e incomodidades del Covacho de la Majada de Quila y del Chozo Kindelán, es posible, al fin, vivir la Pedriza en toda su amplitud agreste.

A la caída de la tarde, singularmente, el encanto del Albergue aumenta.

¿Es más bello el sol al ponerse que al nacer?

Esta cuestión se la propuso, en su tiempo, Llanas Aguilaniedo, mi colaborador en *La mala vida en Madrid*, haciendo de la preferencia que, en general, el hombre civilizado concede al crepúsculo vespertino sobre el matutino, la observación inicial y decisiva del estado de depresión atribuido al alma colectiva de entonces (1). El malogrado escritor, demasiado influenciado por el libro de Fierens Gevaert sobre *La tristeza contemporánea*, que tanto circuló entonces, enamorado ya de la fatal melancolía, olvidó someter su afirmación a la prueba del análisis de las condiciones endógenas y exógenas en que se produce la emoción estética de cada uno de los dos momentos.

(1) J. M. LLANAS AGUILANIEDO: *Alma contemporánea: estudio de Estética* (Madrid, 1899).

El alba nos encuentra, de ordinario, fatigados por el exceso de vigilia o todavía vacíos de contenido espiritual, al despertar, como hornos apagados; y, a la vez, en el instante preciso de la salida del sol, nos somete a una sensación de frío, con el descenso de temperatura que se señala entonces. La fiesta de colores de la aurora se desenvuelve a menudo entre bostezos y tiritando; lejos, en todo caso, de la plenitud mental a que, en el sistema de la vida civilizada, llegamos a la hora del crepúsculo vespertino. La curva de la temperatura normal del hombre a través del curso del día, señala entonces, hacia las cinco de la tarde, su máxima elevación, rayana con el umbral de la fiebre. La atmósfera suele serenarse; la radiación de la tierra, devolviendo al espacio el calor solar, no ha comenzado todavía. Todo, por consiguiente, concurre a la excelencia de esta hora que jamás nos cansamos de saborear.

Los mejores momentos de la Pedriza, como los de todo paisaje, son los que siguen a la desaparición del sol de sobre la línea del horizonte; cuando el color se halla a punto de desaparecer de las cosas y se aproxima el instante en que, siendo ya casi imposible distinguir en las claridades póstumas del día un hilo blanco de otro negro, según la expresión del Corán, comienzan los misterios de la noche. La nieve de las alturas del Circo, sumida en la sombra, adquiere

un fugitivo azul de una tenuidad transparente sutilísima, cuando ya las sierras lejanas menos elevadas, que asoman tras de Quebrantaherraduras, van perdiendo la transparencia cristalina cerúlea —joya viva— que mostraba antes su masa, y los fondos de oro encendido en que se recortaban.

Media hora larga dura la afanosa atención de seguir a la tarde quitándose sus velos impalpables:

el velo de oro,
el de plata,
el de reflejos violados... (1).

Y apenas la noche ha suprimido las formas y el color del mundo del paisaje, éste adquiere nuevos elementos de sensaciones hasta entonces relegadas por la luz a términos lejanos, casi subconscientes. Repentinamente, el arroyo parece haber duplicado su caudal, al oírsele más fuerte e insistente; el aire trae vagos olores de esencias que emanan de excelsas lejanías silentes.

(1) MANUEL MACHADO: *La hora cárdena*.

IX

ESCALADAS

Huye de los miasmas de los bajos terrenos,
sube a purificarte al aire superior,
y aspira, como un puro y suave licor,
la clara luz que llena los espacios serenos.

CARLOS BAUDELAIRE: *Elevación*
(traducción Marquina).

1)

A TRAVÉS DE LA PEDRIZA ANTERIOR

DON Casiano de Prado (1797-1866), el geólogo de la generación pasada, ha sido el revelador de la Pedriza de Manzanares, como lo fué también de los Picos de Europa y aun de Gredos. Su elogio no tendría valor sino en boca de otro geólogo. Pero nosotros, sencillos enamorados de la belleza de la tierra, por la gloria de la cual trabajamos, debemos añadir que Prado fué, además de un sabio, un apasionado amator

de las montañas y de la vida austera y atrevida a que obliga el amor de tan altas y esquivas dueñas. Dada su índole, no hay en la *Descripción de la provincia de Madrid* las páginas de emoción sencilla y sincera que se encuentran en el relato de las ascensiones a los Picos de Europa; mas así y todo, las últimas palabras de aquel escrito revelan la simpática personalidad del trabajador de la ciencia, contento y orgulloso de su oficio. «Ni olvidaré tampoco—dice—a las personas del país, particularmente de la Sierra, que me han acogido y auxiliado con la mejor voluntad. Las muestras de afecto y alegría con que muchos me recibían, no se borrarán nunca de mi memoria. Si alguno no ha podido ofrecerme más que unas pajas para dormir, se lo agradezco tanto como si hubiesen puesto a mi disposición un puñado de plumas. Cuando durante el día se ha corrido mucho y se han anotado observaciones que ofrecen interés, se duerme con gusto aunque sea sobre las piedras, como alguna vez me ha sucedido. Habiendo pasado una parte de mi vida en las montañas y con los hombres de la Naturaleza, a lo menos con los que se hallan más cerca de ella que los de las ciudades, los he mirado siempre con afición y aun con respeto, y entre ellos he viajado siempre desarmado y sin temor alguno. En su trato y comunicación se adquiere grande enseñanza, menos tendencia a la ambición desa-

tentada y otras malas pasiones: la paz del alma y la templanza. He salido siempre de Madrid con mi brújula y mi martillo, ufano y lleno de alegría; a la vuelta no entré nunca sin un vago sentimiento de tristeza.»

La Peña del Diezmo—el gran Yelmo carpetano—él fué su escalador más antiguo conocido, puesto que su ascensión es anterior a la fecha de 1866, esculpida en el granito de la meseta de la cumbre, en una de las pilas que la decoran de tan extraño modo. El trazó el primero de los croquis de su figura, así como los de Canto del Tolmo, Canto Cochino, Canto de los Cedazos, Canto Berrueco, que ilustran las páginas de su Memoria, croquis fidedignos y expresivos. Por excepción podríamos anotar un error interpretativo en el que quisiera reproducir el Canto Cochino, a la entrada de la Garganta de Manzanares, orilla izquierda de éste; croquis tantas veces reproducido después sin que el error se haya reparado (1). Porque, en efecto, en esta curiosa piedra caballera la parte principal no es el alargado cuerpo superior, como parece en el croquis, y al que, en efecto, Prado considera como «el Cochino» (2), sino el inferior, por el contrario; el cual, lejos de reducirse a una masa

(1) Entre otros, por Fernández de los Ríos en su *Guía de Madrid*, y por Dantín Cereceda en el *Resumen fisiográfico de la Península Ibérica*, Madrid, 1912, pág. 73.

(2) Obra citada, pág. 62.

más o menos esférica, como la representa Prado, aparenta vagamente la figura de un cerdo en la actitud de hozar el áspero suelo, como en una especie de bosquejo natural de las esculturas berroqueñas de este animal que el antiguo pueblo arévaco dejó, juntas con las del toro, en las tierras de Avila, sobre todo. Aun la forma iniciada en el Canto Cochino tendría sobre éstas la ventaja de una naturalización mayor en la actitud, si se le compara con los cerdos y jabalíes de cabeza demasiado erguida que vemos en los museos arqueológicos y en alguna colección particular (por ejemplo, en el centro del patio del palacio de los Condes de Crescente, en la misma Avila) (1).

Hoy, poco más de medio siglo después de Prado, se aproxima a un centenar por año el número de personas que ascienden hasta la cime-
ra del Yelmo. Desde el 4 de Junio de 1916, hasta fines de Julio de 1919, han dejado su tarjeta en el buzón colocado por la Agrupación PEÑALARA, 315 individuos, entre ellos 30 mujeres, dos niños (uno, Juan Bernaldo de Quirós, mi hijo mayor, entonces de diez años) y un anciano de setenta, pertenecientes la mayoría a esta misma Agrupación, al C. A. E., a los Exploradores de España, a la Sociedad Deportiva Excursionista, a la

(1) Cfr. mi artículo *Los Toros de Guisando*, en la revista *Peñalara*, Diciembre 1920.

Cultural Deportiva, a Los Amigos del Campo, al grupo obrero Salud y Cultura, etc. La gran peña sólo cede en fuerza atractiva a la cumbre de la cordillera, la Peñalara, 715 metros más eminente, casi el doble, que en un plazo algo menor ha recibido la visita de 744 personas (entre ellas un ciego), pertenecientes 56 al sexo femenino (una niña de siete años). El exceso de altitud, el carácter de última cumbre de la Peñalara, atrae a la generalidad, mientras repele, en cierta medida, realizando una especie de labor selectiva, la mayor dificultad, rayana con el principio del riesgo, de la escalada del Yelmo (1).

La ascensión debe hacerse desde Manzanares, exigiendo cómodamente cerca de tres horas. En el trayecto debe procurarse ver la Cueva del Avemaría, ya nombrada, de tan singular y cristiano eco, que contesta a la invocación de su nombre desde el interior, según la conseja local, «¡*Gratia plena!*» Como asimismo algunas peñas interesantes, singularmente el Risco del Ofertorio, donde los muchachos colocan, como emblema de sus secretos deseos, piedrecitas votivas de singular y gracioso efecto, en el im-

(1) Las cifras del Yelmo, que comprenden hasta la última recogida publicada en la revista *Peñalara*, abarcan un período de tres años. Las de Peñalara, el de los tres años y medio que duró la instalación del buzón; bárbaramente destruido al cabo de ese tiempo.

nente conjunto, cuando se piensa, sobre todo, en el mundo de cariño, de alegrías y golosinas—¡oh, edad feliz!—que representan.

Procurando salir al Yelmo hacia el Oeste, se hallará, con el auxilio de un buen guía—Valentín Parra o Frutos Leiro, los mejores—, la pequeña charca, única que en todo el enorme paisaje granítico, propicio a la formación de lagunas, inicia una abreviatura de éstas: la Lagunilla, de que ya se habló ampliamente, oculta entre dos riscos. El inferior, que es el menor de ambos, lleva precisamente el nombre de Cancho de la Lagunilla; el superior, el de Cancho de las Pilas, por la multitud de las que muestra en su cumbre, tantas y tan variadas como las del Yelmo, y algunas tan profundas que mejor vendría para ellas el nombre de «Pozos».

El Cancho de las Pilas se encuentra al Sudoeste del Yelmo, dominando el Hueco de las Hocas, que se contempla desde allí en todo su desarrollo. En seguida llegamos al pie del Yelmo, casi en el centro de su vertiente meridional.

La posesión completa del Yelmo, su conocimiento cabal, exigen hasta tres distintas operaciones: primera, darle la vuelta por su base; segunda, cruzarle, de parte a parte, por la brecha que le hiende hacia el saliente; tercera, escalar la cumbre.

La primera operación es la más sencilla, aunque en la cara Oeste, hundida en el Hueco de

las Hoces, haya más de un mal paso. La circunvalación exige cerca de una hora.

La segunda no ofrece tampoco gran dificultad, aunque a la brecha que permite el paso de uno a otro lado se le haya dado el nombre, har- to exagerado, de «Corredor del Miedo», por el texto del documento hallado en la galería por un grupo de excursionistas (1). Basta un cuarto de hora para acabar el paso, impracticable para personas de volumen más que mediano.

Por último, la subida a la cumbre puede hacerse por cuatro vías distintas: una, ordinaria, y tres excepcionales, o acaso cuatro.

La vía ordinaria es la de la grieta Norte, bien marcada, ya señalada por Prado. Pasando por el Corredor del Miedo, desde el Mediodía, se sale casi al nivel de la misma precisamente. Veinte minutos de esfuerzo llevan a la cimera del Yelmo, *ad angustam per angustam*: a lo alto por lo estrecho: toda la educadora divisa de la ambiciosa conquista de las cumbres. Estos veinte minutos se distribuyen así: cinco sobre la gradería bárbara que forman los peñascos saltados y caídos ante la pared vertical; diez largos, en la estrecha grieta que se deshace al

(1) El documento, que guardamos por donación del amigo Zabala, dice así literalmente: «† En el nombre del Padre, qué peligros y qué fatigas hemos pasado los excursionistas Manuel Arranz y sus acompañantes el 25 de Julio de 1915 por este callejón. Esto es para recuerdo. Colmenar Viejo, 25 de Julio de 1915.»

salir a la cara anterior de la Peña; cinco, escasos, en la superficie delantera superior, hasta el peñascal que remata la meseta de la cumbre.

Las vías extraordinarias son tres, o acaso cuatro: dos, en la pared Sudeste; una, o dos, en la Sudoeste. La cara, a pleno Mediodía y al Oeste son absolutamente inaccesibles.

La primera vía Sudeste fué seguida por los hermanos Kindelán y Joaquín Aguilera el 16 de Marzo de 1913, sin que haya vuelto a repetirse y sin que se conozca exactamente el itinerario.

La segunda vía Sudeste ha sido trazada por José F. Zabala, Emilio Vicente Arche, Rafael Fernández Aguilar, Eduardo Jimeno y José María Galán, en Mayo de 1918. Arranca de una leve cornisa horizontal, que, a la salida del Corredor del Miedo, se asoma hasta la gran superficie convexa del Mediodía. Esta cornisa lleva al pie de una grieta, que se enlaza con una simple fisura, difícil, conduciendo hasta encima de las manchas blanquecinas del desprendimiento.

La última de las vías extraordinarias, única por la cara Sudoeste, lleva el nombre de «vía Valentina», en recuerdo del guía Valentín Parrá, que la ha mostrado y practicado en la subida y el descenso. La vía Valentina arranca en la cara de la Peña que mira a Moralarzal, sobre unas matas de brezo, que manchan, con su obscuro verdor, la rubia encarnación de la roca. Desde aquí, y en un centenar de metros, aproxi-

madamente, hasta la meseta en que se asienta el roto peñascal de la cumbre, la senda, si es posible llamar así a unos pasos sin huella, se insinúa, buscando la línea de mínima pendiente, a través de la llambria, cruzando una buena parte de chorrera húmeda y con dos leves resaltes, que pueden servir de descanso en el atrevido trayecto.

Es muy probable que la vía Valentina sea la misma que aparece descrita en el cuaderno del Chozo Kindelán en estos términos: «Comienza la ascensión de la Peña en la parte más occidental de la cara Sur, siguiendo por roca lisa hasta una brecha que queda entre la Peña y un pequeño risco adosado a ella, el que cae en desplome hacia el Oeste. Se pasa esta brecha por una chimenea no muy fatigosa, por tener buenas asideras y recorrerse casi sin subir; al salir de la brecha, se rodea a la derecha (ya en la cara Oeste), hasta una pequeña explanada, siguiendo por la línea de máxima pendiente hasta la misma cumbre, a través de la roca lisa, en ascensión fácil, aunque deben tomarse precauciones, a causa de la fuerte pendiente.» En último caso, sería una variante inédita, hallada por Ultano Kindelán y Pablo Martínez del Río.

Hacia el centro de la meseta de la cumbre son perceptibles aún vestigios de un clavo o del astil de una argolla, colocado, tal vez, para facilitar el ascenso por la vía Valentina. Bajo es-

tos restos se encuentran, talladas a cincel, estas letras ya poco visibles: *Pⁿ B^o*, y, a pocos pasos, en la concavidad de una pila, esta fecha: 1866.

Emocionante, a trechos, pero segura, la vía normal de la grieta Norte es la preferible.

Para no pocos montañeses del tipo activo, motor, «el panorama es lo de menos, es la más pequeña de las alegrías que se experimentan en una ascensión» (1), El del Yelmo, sin embargo, no es para olvidado nunca por nadie. De Este a Oeste, el horizonte circular se divide en dos mitades. En la mitad meridional domina la extensión de la meseta, con un primer término de relieve montañoso degradado o, mejor, superado (el Cabezo Illescas y la Sierra del Hoyo de Manzanares), y otro, lejanísimo, de nuevas alineaciones montañosas: las complejas Sierras de Avila, con los riscos cimeros del gran Circo de Gredos, y más al Sur los montes de Toledo. El embalse Santillana, en el fondo de Valle de Manzanares, semeja una dilatación monstruosa del río, colmada de obscuras aguas quietas. La mitad septentrional del panorama es, en cambio, la gloria de la montaña. A cinco kilómetros escasos de distancia, el radio visual, que por el Sur alcanza más de cien kilómetros de desarrollo, se para aquí ante la

(1) JOSÉ F. ZABALA: *Whymper y el Cervino* (en la revista *Peñalara*, núm. 52, Septiembre 1918).

muralla del Guadarrama en su porción más elevada y robusta, desde La Maliciosa a La Najarra, pasando por las Cabezas de Hierro, y en la dualidad de formas de elementos—gneises y granitos—que enriquecen su arquitectura y modelado: grande y fuerte, majestuoso e imponente, sugiriendo, a la vez, temor y confianza. Proyectada sobre este muro, la Pedriza posterior abre plenamente a la vista el interior de su gran circo; y en la baja región del primer término, en el fondo de la depresión en que se alza el Yelmo, tapando, aunque dejando adivinar, el abismo de la Dehesilla, corre desde la Hoz Cimera la crestería de la Pedriza anterior, invadida por la formación de pilas pluviales, ruina de las cumbres, que disuelven y aplanan con la tenacidad invencible de la gota de agua triunfante de la peña.

Sólo la vía normal de la grieta Norte y, entre las extraordinarias, la vía Valentina, sabemos que hayan sido utilizadas para el descenso de la Peña. Hansen ha referido un tercer descenso inenarrable, en plena noche invernal, obscura, y contra el viento desencadenado, el 14 de Febrero de 1899, por haber perdido, en plena desorientación, el camino de la grieta (1).

(1) *De noche en el Yelmo* (en la revista *Peñalara*, núm. 32, Agosto 1916). La ascensión de Hansen y su compañero sería la tercera de las conocidas, a partir de la de Prado, y pasando después por la de Pn Bº, en 1866, señalada en la Peña.

La Vistilla del Yelmo, al término del primer corredor que recorta, a Saliente, el enorme macizo de la Hoz Cimera, proporciona un equivalente de la mitad septentrional del panorama de aquél a quienes no se decidan a intentar el paso de la grieta o a quienes no quepan en su estrechez angustiosa. El panorama de la Vistilla, sobre todo si se salta al miradero de la derecha, colgado sobre el vacío del abismo, es más impresionante que el del mismo Yelmo, como paisaje, todo él, de desnudos riscos amenazadores lanzados hacia el cielo en impulsiones sobrehumanas. Su belleza es más inolvidable todavía si se le sorprende entre nieblas que el cierzo teje y desteje de continuo, con el mágico arte que sólo el fuego flameante imita y supera. Así se nos mostró a Juan A. Meliá y a mí el 2 de Marzo de 1908, mudos de asombro y ateridos de frío, entre las crestas cimeras, el día de la revelación de la Pedriza.

El tejadillo rojo del Albergue Giner se destaca, desde la Vistilla del Yelmo, al extremo occidental del panorama, en el profundo fondo. Para descender a él, basta seguir el estrecho canalizo que se ciñe al contorno de la Hoz Cimera, deshaciéndose a la vista del risco que simula la maza titánica con que la casta de gigantes que en otro tiempo habitó la Pedriza posterior deshizo la anterior, dominio de otra tribu enemiga, dejando sólo en pie, según una interesan-

te interpretación local, la portentosa cúpula del Yelmo.

Si se prefiriera salir de la Pedriza directamente por Quebrantaherraduras, el descenso rápido y directo es por el Hueco de las Hoces y el Barranco de los Huertos, que conduce, por el arroyo de este mismo nombre, a la confluencia con el Arroyo de la Majadilla, y, poco después, a la unión de éste con el río, aguas abajo de la cual se halla el puente sobre Manzanares que pone en el camino del Puerto de Quebrantaherraduras.

Todavía hay un tercer descenso, muy interesante, aunque algo más largo que el de la Vistilla, desde la base del Yelmo al Albergue. Es el que, por el corredor que se abre a la derecha del arranque del Hueco de las Hoces, dejando la Hoz Cimera a la derecha, lleva, en rápido descenso, al fondo de un recinto circular, cercado por altos muros de fantástica crestería, para el que propusimos el nombre de «Corral Ciego», trasladado del Pirineo, donde, como es sabido, se aplica al circo glaciar que los franceses llaman «Casque de Roland». La salida de este bellísimo recinto, que los cabreros llaman «La Placilla», debe buscarse ya casi en el fondo del circo, a la izquierda, por una serie de brechas descendentes que caen al tortuoso reborde, a trechos obstruido, que, desde la cabecera del Hueco de los Huertos, sobre la que está montado el

de las Hoces, pasa por detrás, primero, del característico Cancho Losillo o del Postigo, y de ahí su nombre («Peña Sirio» de los hermanos Kindelán), y, más tarde, por detrás de la gran llambria en que se abre la Cueva de la Mora, terminando precisamente bajo las paredes septentrionales de Corral Ciego. Un rodeo por bajo de estos muros y en el mismo sentido que éstos, pone a la vista en seguida el Canto del Tolmo; y apenas se pasa el portillo con que los cabreiros suelen cerrar esta región alta, se advierte que la destructora maza olvidada por los titanes y a cuyo contorno se ciñe el Canalizo de la Vistilla del Yelmo, forma parte del muro central de Corral Ciego.

Para el caso de que desde el Albergue Giner se quiera llegar a la base del Yelmo por Corral Ciego, téngase presente que el paso al portillo se abre entre el Risco de la Maza, a la izquierda, y, a la derecha, una especie de ídolo vertical que levanta el índice al cielo en un misterioso gesto.

De las grandes curiosidades de la Pedriza anterior, ya sólo queda la vertiginosa Cueva de la Mora.

Aunque las cavernas en el granito sean, al revés de los lagos, tan raras como frecuentes en las calizas, esta es una verdadera caverna y no una oquedad cubierta, como la Cueva del Ave María, ya nombrada, en la vertiente meridional

de la Pedriza anterior. Más amplia (23 metros de largo, 8 de ancho y 6 de altura, a la entrada, según Vignote y Ruiz Dana), aunque menos elevada que Cueva Valiente, en la montaña de este nombre, arranque de la Sierra de Malagón, y orientada también, como ésta, al Nornoroeste, la Cueva de la Mora se abre en una gran llambria de 50 metros de longitud y muy inclinada, sumamente pulida y, por consiguiente, resbaladiza y de cuidado sobre el rodadero del Arroyo de la Majadilla, encajado allí en un cauce hondo, en que los rápidos se suceden como peldaños de una gradería. Dos árboles decoran la entrada casi circular de la caverna, a la que, aun en sus rincones más profundos, llega siempre la claridad del día. De esta suerte, la luz quita a la Cueva de la Mora la característica biológica más perfecta que la define como medio tenebroso, a saber: la presencia de fauna insectícola, pálida y ciega, de antenas alargadas. Su origen, no obstante, parece natural, sin que pueda atribuirse a la explotación del caolín, como acaso la propia Cueva Valiente y seguramente algunos otros agujeros del Guadarrama (v. gr.: uno muy próximo al Albergue de PEÑALARA en la Fuenfría).

2)

EN LA PEDRIZA POSTERIOR

El reconocimiento de la Pedriza posterior se halla retrasado en relación con el de la Pedriza anterior, y por lo mismo es más fragmentario e incompleto.

En realidad, puede decirse que espontáneamente, sin mediar acuerdo previo para ello entre los diferentes grupos montañeros, éstos han seguido un cierto plan perfectamente metódico, tomando primero, como más interesante, la rama oriental, y escalándola cumbre tras cumbre de abajo a arriba; es decir, de Mediodía a Norte; desde el Pinganillo, la eminencia inferior, a la entrada del Circo, sobre la orilla izquierda del Arroyo de la Majadilla, a los Riscos de Matasanos, pasando por el Cancho de la Herrada, los Canchos del Callejón de Abeja y el Risco de los Hoyos.

Las tentativas de escalamiento del Pinganillo se inician, el 8 de Diciembre de 1913, por los tres hermanos Ultano, José Manuel y Juan Kindelán.

He aquí la página del cuaderno del Chozo que refiere este primer ensayo:

«Desde la senda de la Majadilla—escribe José Manuel—subimos por la fuerte ladera, hasta en-

contrar un «couloir» (corredor) que lleva al pie del Pinganillo en su pared Oeste; intentamos atacarlo por este lado, utilizando una serie de fisuras que semejan en su totalidad la silueta de un gato sentado, y tenemos que volver atrás por resultar demasiado estrecha una chimenea, con la que contábamos para llegar a buena altura. De nuevo nos encontramos en el corredor, y por él seguimos hasta su terminación, en donde comienza una chimenea atestada de piedras sueltas, que dominamos fácilmente. Se llega a un sombrío cañón, al terminarse el cual se alcanza a ver la pared Este del picacho, pared que creemos inaccesible en absoluto. Un breve rodeo por roca viva (de alguna dificultad) nos lleva por la pared Este, y salimos a la cara Sur; fácil subida por roca lisa, inclinada, no escatimando, sin embargo, las precauciones, hasta llegar a la base del coronamiento del picacho, casi vertical, cuya altura visible es de unos seis o siete metros; tiene algunos «agarres», y no nos es posible subirlo, a pesar de varios intentos, y creemos que es necesario mayor número de alpinistas para poder formar la pirámide humana.

El descenso lo realizamos por el mismo camino de ida, hasta salir del cañón; y en lugar de utilizar la chimenea de subida, bajamos por un «couloir» que se abre en la pared opuesta, mirando al Canto del Tolmo, y que termina en rocas fáciles.»

Al año siguiente, J. M. Madinaveitia, con tres compañeros ignorados, llega al mismo lugar, esto es, al cuello del Pájaro, ya que desde poco después se generaliza para la cumbre del Pinganillo, saltada por una amplia diaclasa, el nombre de «Pájaro», aludiendo a la forma de paloma posada que recuerda vagamente.

Antonio Victory, Joaquín García Bellido y don Juan Murillas no logran avanzar más el 1.º de Enero de 1916.

Tres meses después, el 20 de Abril del mismo año, llegan, por primera vez a la cumbre José F. Zabala, Joaquín García Bellido, Juan A. Meliá y el alemán Schachtzabel. José Fernández Zabala, que siempre como *leader* y acompañado esta vez por Antonio Victory, Luis Palomeque, Rafael Fernández Aguilar y Manuel F. Rothenflue, repitió la ascensión el 14 de Mayo del mismo año, la ha descrito como sigue en la revista *Peñalara*:

«Desde el albergue Giner de los Ríos, en menos de una hora de marcha, os encontráis al pie del Risco, siguiendo la senda de la Majadilla, que se abandona a los veinte minutos de haber salido del refugio, para remontar la ladera bastante inclinada que baja hasta el arroyo desde los roquedales del Pájaro. Se bordean éstos, y, siempre subiendo, encontráis la chimenea, perfectamente visible, que se abre entre el Risco del Pájaro y el que tras él se alza a ma-